



El Una ventana abierta sobre el mundo Correo

Febrero 1970 (año XXIII) - España: 18 pesetas - México: 3,00 pesos



El informe Pearson

**NUEVA ESTRATEGIA PARA
UN DESARROLLO GLOBAL**





TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

41

Un animal neolítico de Chipre

Leona o pantera, este animal de 11 cms. tallado en basalto vivió en la isla de Chipre hace 8.000 años. En el emplazamiento de Khirokítia se han descubierto recientemente vestigios de aldeas de la edad de piedra cuyas poblaciones vivían de la agricultura y de la caza y a las que los grandes felinos, desaparecidos hace largo tiempo, les eran familiares. En esas comunidades rurales había ya artesanos especializados en la fabricación de recipientes, joyas, útiles diversos y amuletos.

Foto © Gérard Souris - "Arqueología viva" (Museo de Chipre, Nicosia)

[2 FEVR 1970

FEBRERO 1970
AÑO XXIII

**PUBLICADO AHORA
EN 13 EDICIONES**

Española	Norteamericana
Inglesa	Italiana
Francesa	Hindi
Rusa	Tamul
Alemana	Hebrea
Arabe	Persa
Japonesa	

Publicación mensual de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7°.

Tarifa de suscripción anual: 12 francos.
Bianual: 22 francos.
Número suelto: 1,20 francos; España: 18 pesetas; México: 3 pesos.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera: "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, estas serán facilitadas por la Redacción toda vez que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

★

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7°

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Lucio Attinelli

Redactores Principales

Español: Arturo Despouey

Francés: Jane Albert Hesse

Inglés: Ronald Fenton

Ruso: Georgi Stetsenko

Alemán: Hans Rieben (Berna)

Arabe: Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)

Japonés: Takao Uchida (Tokio)

Italiano: Maria Remiddi (Roma)

Hindi: Annapuzha Chandrasenan (Delhi)

Tamul: T.P. Meenakshi Sundaran (Madrás)

Hebreo: Alexander Peli (Jerusalén)

Persa: Fereydun Ardalán (Teherán)

Ilustración y documentación: Olga Rödel

Composición gráfica

Robert Jacquemin

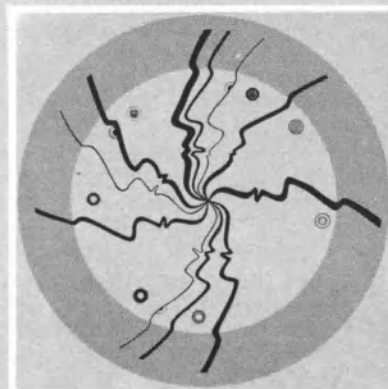
La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

Páginas

4	EL DESARROLLO, EMPRESA COMUN I — Una nueva estrategia global
10	II — Las posibles consecuencias trágicas de la inacción <i>por Lester B. Pearson</i>
15	TREINTA PUNTOS DE ACCION
18	EL ARBOL AL SOCORRO DE LA TIERRA
20	CALEIDOSCOPIO DEL TERCER MUNDO
24	TENER SOLO LOS HIJOS QUE SE DESEE Una respuesta al dilema de la población
28	LA ESPIRAL DEL DESEMPLEO
31	LA REVOLUCION VERDE
34	LATITUDES Y LONGITUDES
2	TESOROS DEL ARTE MUNDIAL (41) Un animal neolítico de Chipre

Nuestra portada

Modelo de Rolf Ibach



¿Han permitido veinte años de cooperación internacional reducir el abismo que separa a los países pobres de los países ricos? Pese a los considerables esfuerzos hechos tanto por los países donantes como por los que han sido objeto de su ayuda, el llamado «tercer mundo» no ha logrado todavía su desarrollo económico. ¿Por qué medios obtenerlo y dentro de qué plazo? Tal es el tema del informe de Lester B. Pearson, Premio Nobel de la Paz: «Hacia una empresa común para el desarrollo del tercer mundo.» En nuestra carátula presentamos la evocación simbólica de un problema que tiene mil facetas y de cuya solución depende el porvenir del globo.

Nº 2 - 1970 M C 70 1-252 F

La mayor parte de este número de «El Correo de la Unesco» está dedicada a lo que se conoce ya en muchas partes con el nombre de «Informe Pearson», documento que constituye el análisis más amplio realizado hasta la fecha de lo que implica y significa el desarrollo económico en el mundo. El informe, que su autor titula «Partners in Development» (El desarrollo: empresa común) propone una nueva base de cooperación internacional y especifica las responsabilidades que han de asumir tanto los países donantes como los beneficiarios de su ayuda. Fuera de ello, las medidas que aconseja representan en conjunto un vasto programa de acción y una nueva estrategia global capaz de transformar la estructura actual de la ayuda en otra capaz de ajustarse a las demandas —por fuerza siempre cambiantes— que los países en vías de desarrollo puedan formular en el curso de los próximos veinte años.

La crisis de confianza sobre la efectividad del desarrollo económico llevó hace dos años a George Woods, que presidía en ese entonces el Banco Mundial, a indicar la conveniencia de formar un «gran tribunal» internacional en que un grupo «de hombres de prestigio y experiencia se reunieran, estudiaran las consecuencias de veinte años de asistencia para el desarrollo económico, sopesaran los resultados, aclararan los errores y propusieran las normas más susceptibles de funcionar bien en el futuro».

En Agosto de 1968, el nuevo Presidente del Banco Mundial, Robert S. McNamara, solicitó a Lester B. Pearson, ex Primer Ministro del Canadá y Premio Nobel de la Paz, que formara una Comisión para emprender ese estudio. Tres meses, más tarde, esa Comisión de Desarrollo Internacional celebró su primera reunión en la localidad canadiense de Mont Gabriel.

Junto a Lester Pearson, que la presidía, actuaron en ella siete eminentes figuras internacionales: Sir Edward Boyle (Reino Unido), Roberto de Oliveira Campos (Brasil), C. Douglas Dillon (Estados Unidos de América), Wilfried Guth (República Federal de Alemania), Sir Arthur Lewis (Jamaica), Robert E. Marjolin (Francia) y Saburo Okita (Japón). Luego de 11 meses de investigaciones completísimas, que los llevaron a reunirse en América Latina, África, Asia y el Oriente Medio, donde unos 70 gobiernos les expusieron sus respectivos puntos de vista, los miembros de la Comisión redactaron un informe de 400 páginas que recoge sus impresiones y recomendaciones y sobre cuya publicación en forma de libro encontrará datos el lector en la página 35 de este número.

El texto que publicamos a continuación es el discurso pronunciado hace unas semanas por Lester Pearson en Washington, discurso en que resumió ante el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional las conclusiones principales del estudio de la Comisión que presidiera. Varios otros artículos de este número están formados por trozos o resúmenes de esas conclusiones y de las propuestas que recoge el «Informe Pearson».

El desarrollo, empresa común UNA NUEVA ESTRATEGIA GLOBAL

por Lester B. Pearson — Premio Nobel de la Paz

4
LESTER B. PEARSON, Primer Ministro del Canadá de 1963 a 1968 y Premio Nobel de la Paz (1957) ha tenido una larga y distinguida carrera dentro de las Naciones Unidas y sus organismos especializados. Como hombre de Estado y diplomático, fue uno de los coautores de la Carta Orgánica de Naciones Unidas en la histórica Conferencia de San Francisco (1945) y participó de la gestación de la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura) y de la creación de la UNRRA, que ayudó a restaurar la economía de los países devastados por la guerra y a encargarse del destino de las personas desplazadas. Pearson encabezó varias delegaciones a la Asamblea General de Naciones Unidas, cuyas deliberaciones presidió en el período de sesiones 1952-53. Autor de varios libros sobre temas políticos y diplomáticos, Pearson preside ahora el Consejo sobre Tensiones Mundiales.

No sólo es la cuestión del desarrollo difícil y compleja de por sí, sino que además la hemos examinado en un período de singulares tensiones y dificultades de orden universal. La tónica de nuestros tiempos es de duda y discordia. El decenio que empezó con la liquidación casi total del viejo orden colonial ha terminado con el hombre caminando por la Luna. Las metas alcanzadas sirven a menudo nada más que para iluminar el largo y peligroso camino que se extiende ante nosotros.

La ausencia de guerra no ha traído la paz, sino una zona incierta y cre-

puscular, ensombrecida por el espectro de la destrucción total. La preocupación por los derechos y por la dignidad y libertad del hombre no sólo ha agudizado el conflicto en torno a la forma de proteger esos valores esenciales, sino que ha revelado también cuán grande es la legión de hombres que carece de ellos. La increíble rapidez de los cambios tecnológicos ha puesto de manifiesto —y hecho menos tolerable— el lentísimo ritmo de transformación social. El progreso económico sin precedentes alcanzado en muchas zonas ha puesto claramente de relieve, por lo demás, las privacio-

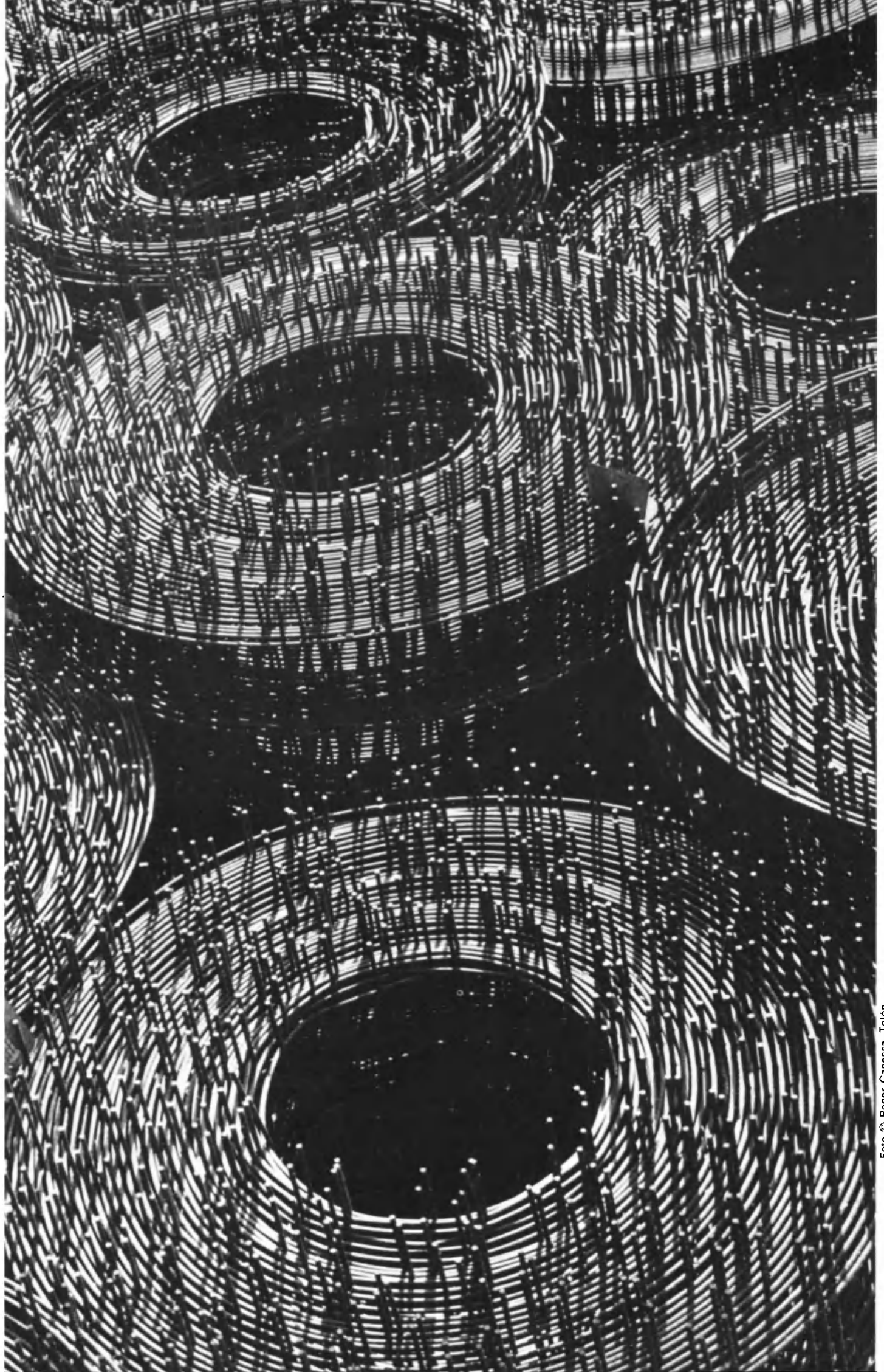


Foto © Roger Canessa, Toluca

LOS AUTORES DEL "INFORME PEARSON"

Aparecen aquí los distinguidos miembros de la Comisión de Desarrollo Internacional designada por el Banco Mundial y presidida por Lester B. Pearson, a la que se debe el libro «Partners in Development» (El Desarrollo: Empresa Común):



Lester B. Pearson
(Canadá)

Sir Edward Boyle
(Reino Unido)



UNA NUEVA ESTRATEGIA (cont.)

Surgen dudas y temores

nes y desesperanza de los menos afortunados.

Debido a las circunstancias en que los países en desarrollo han tratado de modernizar su sociedad, sus esfuerzos han tropezado con obstáculos nuevos y sin precedentes. Los resultados obtenidos solamente pueden analizarse y apreciarse debidamente considerándolos en el marco de esos obstáculos.

El desarrollo económico y social es un concepto antiguo que, en nuestra era moderna, ha adquirido nuevo significado y finalidad. Al perseguirlo son dos las ramas del pensamiento humano que se unen: la fe en el progreso y la convicción de que el hombre puede dominar su destino. Las raíces del progreso moderno se remontan a los orígenes de la civilización humana, pero su aceleración, a partir de la revolución industrial, ha tenido un efecto desigual y ha creado graves tensiones. Esto sucede también en los propios países industrializados, en que regiones enteras se quedan rezagadas en la ola súbita de prosperidad. Sobre todo, ha producido una enorme brecha entre los países industrializados y el resto del mundo.

Con miras a salvar esa brecha y contrarrestar siglos de olvido y estancamiento, los países no afectados por la revolución tecnológica han movilizad sus recursos, y la comunidad internacional les ha proporcionado un volumen de ayuda sin precedentes al hacerles llegar en gran cantidad los suyos propios.

La cooperación internacional para el desarrollo tiene, por naturaleza, un carácter vacilante y de exploración. Se trata de esferas de acción desconocidas, y los costos de la exploración son tan altos como inciertos los resultados. Algunas empresas sociales y económicas, a menudo de indole expe-

riental, producirán un alto rendimiento; otras no, y se las abandonará en favor de las que prometan más.

No ha sido propósito de nuestra Comisión estudiar todas las ramificaciones del proceso de desarrollo, sino tratar de determinar si los esfuerzos cooperativos internacionales derivados de este nuevo concepto de dedicación y encaminados a fomentar el adelanto de las zonas de bajo ingreso justifican el gasto continuo de energía y de recursos por parte de los países más ricos y desarrollados y, en caso afirmativo, indicar qué medidas podrían tomar ambas partes para fortalecer y mejorar esos esfuerzos.

Estamos convencidos de que la cooperación en pro del desarrollo es cosa no sólo posible, sino de una importancia fundamental. Nuestro estudio sobre la experiencia de las dos últimas décadas nos ha confirmado en esa opinión. La corriente de recursos públicos y privados que ha afluído de los países desarrollados a los países en vías de desarrollo, y los resultados logrados, representa un ejemplo de previsión como pocas veces se ha registrado en los asuntos mundiales. Sería trágico que ahora dejáramos de lado un esfuerzo de esa naturaleza.

Pero las actividades en pro del desarrollo se están viendo afectadas ahora por dudas y temores diversos. Con demasiada frecuencia, especialmente en los mayores países donantes, prevalece una actitud de cansancio, desilusión e incluso de repudio. Los países beneficiarios también tienen cada vez dudas sobre algunos aspectos de la ayuda del exterior, lo que dificulta la cooperación en pro del desarrollo.

Tanto en los países en vías de desarrollo como en los ricos e industrializados son demasiadas las gentes

que mantienen una actitud cínica no sólo por lo que respecta a la eficacia de las actividades de ayuda, sino también frente a la validez del concepto mismo de la ayuda.

Por haber tratado algunos países donantes de obtener, gracias a la ayuda que prestan, influencia política o beneficios económicos directos, los dirigentes de algunos de los países en vías de desarrollo consideran que esas políticas —aunque se presenten como «de ayuda»— constituyen una modalidad de intervención neocolonial, no una expresión de auténtica cooperación internacional o de interdependencia internacional o de solidaridad humana.

En algunos países donantes hay una creciente oposición e indiferencia hacia la ayuda para el desarrollo por considerarse que es costosa, ineficaz e innecesaria, o peor aún, que constituye un derroche.

Por otra parte, hay quienes apoyarían decididamente una norma auténtica de cooperación y ayuda para el desarrollo, pero que no la encuentran en las actuales políticas de ayuda de algunos países desarrollados, demasiado vinculadas según ellos a estrechos intereses políticos y comerciales de los donantes o a una desacertada política exterior.

En realidad, estamos llegando a un momento decisivo y hasta crítico en la historia de esta nueva y noble aventura de cooperación internacional. A ese respecto, debemos hacer frente a una pregunta fundamental y tratar de contestarla: ¿por qué países que, aunque fuertes y prósperos, también se ven agobiados por complejos problemas internos, económicos y sociales, han de preocuparse por tratar de mitigar la situación de los países pobres? ¿Por qué ayudarlos, en suma?

La respuesta es, desde luego, de

Roberto de Oliveira Campos
(Brasil)



Wilfried Guth
(República Federal de Alemania)



Saburo Okita
(Japón)



C. Douglas Dillon
(Estados Unidos de América)



Sir Arthur Lewis
(Jamaica)



Robert E. Marjolin
(Francia)



Fotos Banco Mundial

orden moral. Todos los sistemas de valores del mundo proclaman el deber de los ricos y los privilegiados de ayudar a los pobres y necesitados. Todas las religiones, todos los artículos de fe humanista, recuerdan también a los afortunados la responsabilidad que conlleva su buena fortuna.

El desarrollo y difusión general de la civilización, el establecimiento de las colectividades que hemos dado en llamar naciones, los cánones comunes de conducta individual y nacional que hacen posible que continuemos existiendo en esta era nuclear, son todos factores que vienen a confirmar la premisa de que los que tienen recursos y conocimientos están obligados a compartirlos con los que carecen de ellos.

Esta es una razón profunda y perdurable para que se apoye el desarrollo y la prestación de la ayuda correspondiente. En nuestra lucha cotidiana por defender nuestros intereses nacionales o personales, olvidamos con demasiada frecuencia el simple poder de ese instinto, aun cuando sepamos qué deshumanizadoras serían las consecuencias si, a la postre, hiciéramos caso omiso de él. Pero el interés humanitario y moral por el bienestar de los demás no es la única razón para que se les preste esa ayuda. Igual importancia —y para algunos mayor— revisten las necesidades, por no decir las exigencias, de una comunidad mundial cada vez más estrechamente vinculada, cada vez más interdependiente.

Estas exigencias no descartan el interés nacional como base para la adopción de determinadas políticas, pero sí insisten en que éstas tomen en cuenta consideraciones de carácter extranacional.

El interés nacional es una base racional para establecer una norma de conducta —tanto en materia de ayuda como en todas las demás esferas— pero sólo si se lo practica con espíritu esclarecido y previsor y

se mira más allá de las propias fronteras.

El establecimiento de relaciones económicas y políticas satisfactorias gracias a la cooperación en pro del desarrollo es un objetivo loable, que también podría ser remunerador.

El desarrollo y progreso de los más prósperos países industrializados sería ciertamente mayor si pudiera impulsarse el desarrollo de los países más pobres, que albergan dos tercios de la población del mundo. Y viceversa.

Cada día resulta más evidente que los intereses de cada nación y de cada ser humano son inseparables de los de todos los demás. Es casi insensato preguntarse cuál será la situación de una nación determinada dentro de 25 años, sin preguntarse al mismo tiempo cuál será entonces la situación del mundo. La revolución registrada en este siglo en las esferas de los transportes, las comunicaciones, los métodos de producción y tantos otros aspectos de la vida y la sociedad, tocará a su fin para siempre el día en que un país cualquiera pueda obtener ventajas duraderas gracias a la derrota o decadencia de sus vecinos.

La aceptación de estos hechos ha llevado a un nuevo concepto de interés nacional, no menos impresionante porque con tanta frecuencia la forma de reconocerlo sea infringirlo. Este concepto consiste básicamente en la afirmación de que el principal interés a largo plazo de todas las naciones, ricas y pobres, radica en la creación de un mundo en que todos los recursos, humanos y materiales, se aprovechen al máximo. Esta es la visión en que deberían inspirarse todos los que contemplan, más allá de las ansiedades del presente, las oportunidades del porvenir.

En los últimos veinte años hemos llegado a saber que esa visión sólo podrá convertirse en realidad si los países prósperos realizan esfuerzos conjuntos y sostenidos para ayudar a

los países en vías de desarrollo a ayudarse a sí mismos.

Ya no preguntamos por qué la gente o las zonas ricas de nuestros países deben pagar impuestos con el fin de reducir y eventualmente eliminar la pobreza de las regiones subdesarrolladas. Reconocemos el hecho como una obligación natural de la comunidad. Ha llegado el momento de contraer en escala nacional un compromiso semejante en favor de los países dispuestos y en condiciones de hacer todos los esfuerzos necesarios para alcanzar el progreso económico y social posible ahora gracias a la nueva tecnología.

No abriguemos ninguna duda sobre las intenciones de los países en desarrollo. Para ellos, el desarrollo ya no es una alternativa, sino una necesidad imperiosa; no piensan seguir sumidos en un sueño secular; el desarrollo es parte de su revolución inconclusa: una etapa más de su lucha por la libertad.

La cuestión no estriba en determinar si podrán lograr ese desarrollo económico y social a que aspiran. Lo harán, de eso no cabe la menor duda. Se trata, más bien, de escoger entre un crecimiento lento y vacilante, en un clima de desesperación ante el nivel decreciente de la ayuda y las acerbadas relaciones internacionales, y un crecimiento que sea parte integrante de una campaña positiva y concertada para acelerar y facilitar la adopción de la revolución tecnológica en los países más pobres, con posibilidades de que el ánimo común, la preocupación y el esfuerzo comunes, reduzcan roces y peligros y permitan la obtención de resultados positivos. Los países en vías de desarrollo no tienen otra alternativa; pero los desarrollados sí la tienen. ¿Se dan cuenta, así y todo, del efecto que tendría sobre sus propias sociedades el que decidieran sacudirse de encima ese compromiso?

El concepto de los derechos humanos fundamentales reviste una impor-

“El movimiento ascendente de todo un sistema social”

tancia esencial en todas las sociedades civilizadas del mundo, ya que inspira y conforma los valores por que se rigen esas sociedades. ¿Se puede acaso hacer oídos sordos al hecho de que se le nieguen esos derechos en el ámbito económico y social —que es el que nos incumbe ahora— a dos tercios de la población del mundo, sin llegar a dañar con esa actitud de indiferencia los principios e intereses de la minoría de afortunados? Creo que no. Si los ricos y poderosos del mundo lograran desentenderse de la suerte de los débiles y los pobres, harían bien en pensar un poco en qué se han convertido.

La división, la disparidad, la brecha entre ambos mundos está profundizándose y adquiriendo caracteres críticos. Todo esto ha llevado a muchos a sacar negras conclusiones y prever consecuencias terribles. Hay que reconocer, desde luego, que la comparación de datos estadísticos puede sugerir con frecuencia una situación peor de lo que es en realidad y dar una impresión errónea.

No tiene sentido, por ejemplo, sugerir que una proporción de 15 a 1 en la renta *per capita* de dos países suponga que los ciudadanos del primero vivan 15 veces mejor que los del segundo. La calidad de la vida que uno haga no depende sólo de un nivel creciente de ingresos. Empleando únicamente estadísticas económicas no es posible establecer una comparación válida entre el nivel de vida y las satisfacciones de un individuo que reside en un barrio de enormes edificios dentro de una megalópolis congestionada, con el aire y el agua llenos de venenos, y el de otro que vive en un soleado pueblecito de Ceilán.

Pero aun tomando en cuenta estos elementos, aterra la perspectiva de que una pequeña minoría de las naciones del mundo avance hacia la era espacial, aproveche el potencial de ésta y tenga por lo menos la oportunidad de resolver sus problemas, mientras que a la gran mayoría se le niega el acceso a ese nuevo mundo o se le imponen demoras intolerables para entrar en él, cosa que podría tener trágicas consecuencias.

Esto no quiere decir que haya que crear ahora mismo un gobierno mundial y hacer desaparecer los Estados. Por el contrario, es evidente que les corresponde desempeñar un papel de vital importancia en esta coyuntura de la historia.

Lo que sí quiere decir es que toda nación debe sentir un profundo interés por la suerte de las demás, y que ese interés debe traducirse en una cooperación más efectiva, entre otras cosas, en pro del desarrollo.

Me doy cuenta de que los gobiernos y sus ciudadanos sienten una respon-

sabilidad especial hacia sus compatriotas, pero el mundo es ahora demasiado pequeño como para que esa responsabilidad se limite a los confines de las fronteras nacionales.

Si los Estados se muestran incapaces de pasar esa prueba, si no pueden, mediante la cooperación mutua, garantizar que todos los hombres disfruten, como mínimo, de ciertas condiciones sociales y económicas básicas, es posible que desaparezcan como tales. Lo tendrán bien merecido. La humanidad es siempre despiadada con los sistemas e instituciones políticos y sociales que han dejado de ser útiles.

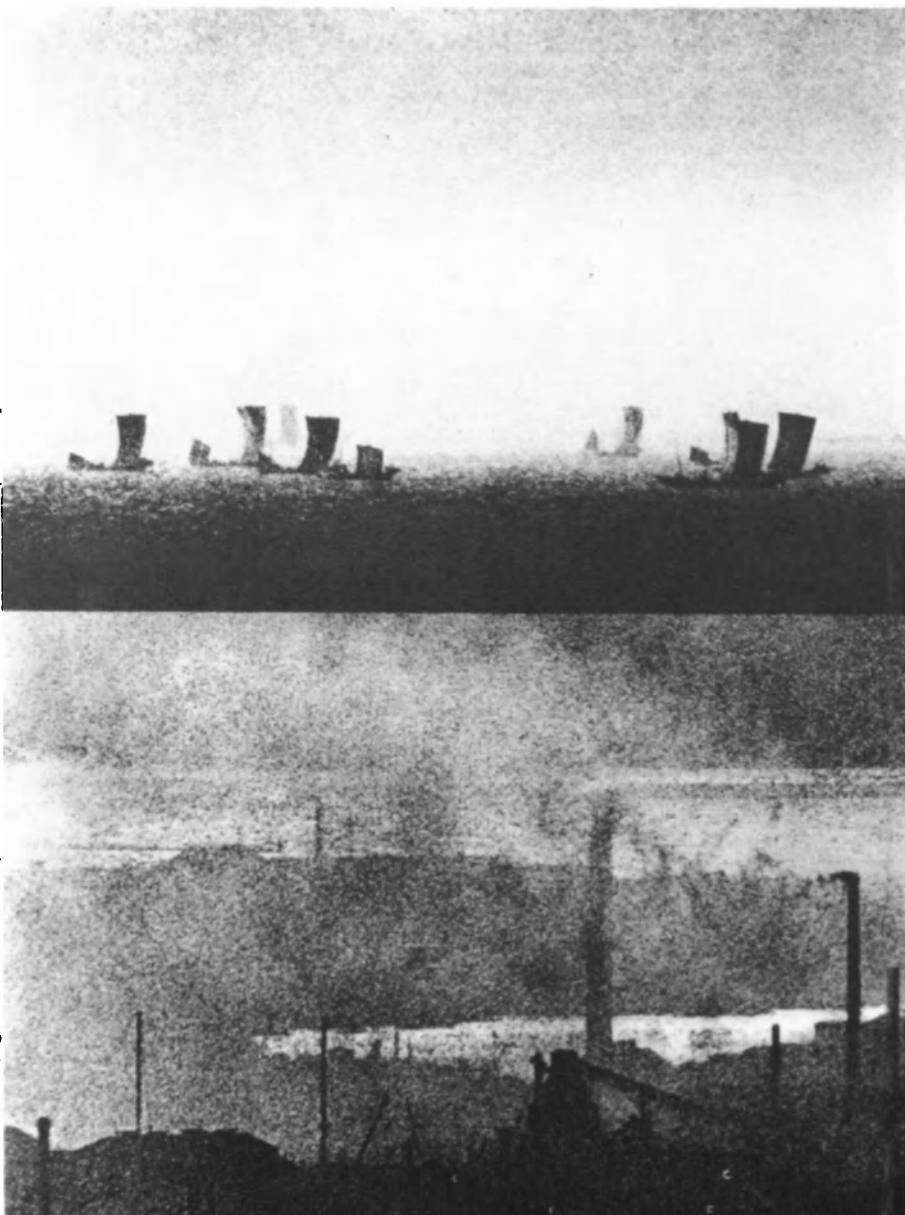
No son éstas verdades nuevas. Hace años que venimos reconociéndolas y aceptando, en principio lo que implican. En efecto, desde el final de la última guerra nada ha sido tan alentador como la creciente dedicación general al empeño de coadyuvar a la histórica tarea del desarrollo mundial. ¿Será posible que la abandonemos ahora?

La posibilidad existe; hay indicios crecientes de que en algunos de los

países industrializados, entre ellos los más ricos, se está debilitando la voluntad política de seguir en ese empeño. Me he referido ya a algunas de las razones de ese cansancio y quebranto de la voluntad. Hay otras; se ha esperado lograr demasiado en demasiado poco tiempo; se ha olvidado que el desarrollo instantáneo es imposible. Asimismo se ha tenido una impresión errónea del volumen de la ayuda proporcionada con fines de desarrollo, que nada tiene que ver con la destinada a objetivos políticos y militares de corto alcance. Es tan insensato alegar que la ayuda que se facilita en apoyo de metas políticas o militares inmediatas no promueve el desarrollo como lo es criticar los envíos de material bélico porque no logran el mismo resultado.

A esto hay que añadir una idea errónea de lo que ha sucedido en realidad en los países en vías de desarrollo, de lo que se ha logrado y lo que *podrá* lograrse en el futuro si persiste la voluntad de no cejar en los esfuerzos actuales. Consideremos la evolución del producto nacional

Fotos © Ed van der Elsken, Amsterdam - Tomado de • Sweet Life • por Harry N Abrams, Nueva York



bruto. No es que constituya, ni con mucho, una medida completa del desarrollo, ya que éste abarca muchos más elementos. Como ha dicho Gunnar Myrdal, «El desarrollo es el movimiento ascendente de todo un sistema social». Pero los datos relativos al producto nacional bruto señalan de todos modos el progreso alcanzado. Entre 1950 y 1968 la tasa anual media de crecimiento del p.n.b. del conjunto de los países en desarrollo alcanzó el notable nivel del 4,8 por ciento. Si se considera solamente el decenio de 1960, ahora parece posible alcanzar la meta del 5 por ciento fijada por las Naciones Unidas.

Aun si consideramos la renta *per capita*, las cifras resultan históricamente impresionantes. Desde 1955, el ingreso *per capita* de unos 41 países en vías de desarrollo ha aumentado al ritmo medio del 2 por ciento o más durante un periodo de diez años; aproximadamente la misma tasa de los países de Europa Occidental y Norteamérica en el siglo 1850-1860. Es aún más alentador considerar que esos 41 países —alrededor de un tercio de todos los países en vías de desarrollo— no pertenecen a un misma zona geográfica ni se asemejan en cuanto a su topografía, raza, religión o número de habitantes. Corresponden

en proporciones más o menos iguales a Africa, América Latina y Asia, y entre ellos hay algunos de los más grandes en extensión, y también de los más pequeños.

No pretendo, desde luego, que se crea que el progreso alcanzado puede atribuirse, sencillamente, a la ayuda exterior y a la asistencia técnica. Por supuesto que no. Por lo menos el 85 por ciento de todos los fondos invertidos han provenido de los propios países en desarrollo. La ayuda en forma de capital y asistencia técnica con frecuencia ha sido el elemento catalizador para suscitar la acción en la esfera nacional, a menudo indispensable cuando se cuenta con pocas divisas extranjeras.

Pero el trabajo laborioso y el ahorro necesarios para el desarrollo, especialmente en países con niveles de vida sumamente bajos, ha correspondido, como debe ser, a los propios países interesados.

No es fácil ni grato remontar la vista 20 años atrás en la historia: el hacerlo nos recuerda demasiados de los errores que hemos cometido. Pero es útil recordar que a mediados del decenio de 1940 se ponía en duda la posibilidad de que, con los enormes problemas de pobreza, analfabetismo, inefi-

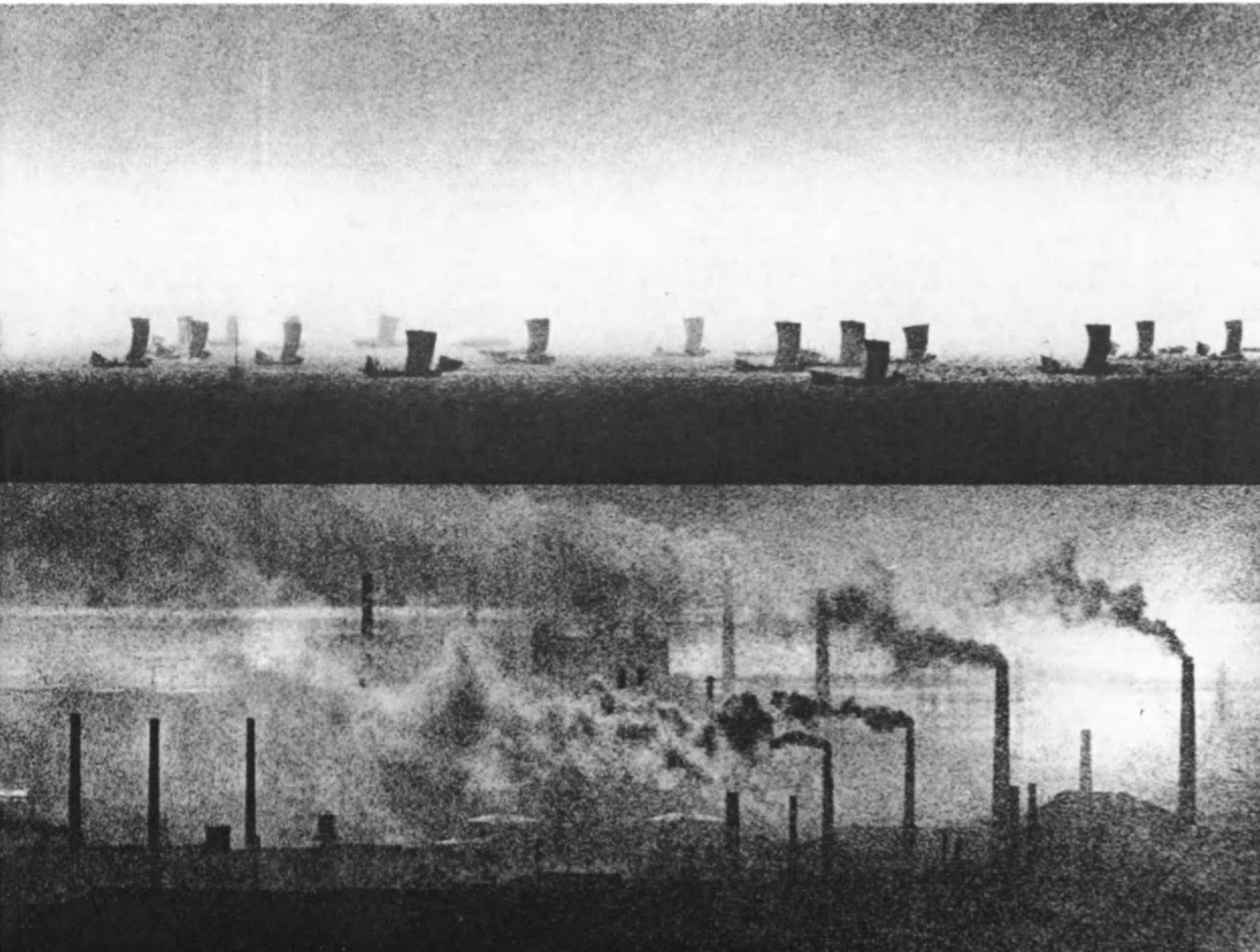
cacia e inestabilidad que han caracterizado a tantos países no industrializados, pudieran éstos llegar a alcanzar un grado de desarrollo significativo.

Los que pusieron en duda la posibilidad de progreso se equivocaron. El subdesarrollo no constituye forzosamente un círculo vicioso, sino que es un mal que el hombre puede arrancar de raíz, un mal que el Profesor Arthur Lewis ha calificado acertadamente de «obstáculo que se puede vencer». Pero para vencerlo se necesitan esfuerzos más intensos y mejor organizados en materia de ayuda internacional que los actuales, y desde luego no dispondremos de un siglo para llevarlos a cabo.

El historial resulta aún más impresionante si tenemos en cuenta que más de 60 países nuevos obtuvieron su independencia en los 20 años que sucedieron a la segunda guerra mundial. Esos países han venido a sumar su voz a las clamorosas protestas contra la terrible desigualdad de las condiciones humanas.

¿Quiénes de nosotros, conociendo las encontradas presiones políticas, tribales y culturales, así como la astenia económica y falta de experiencia política de los nuevos países en desarrollo, se habría atrevido a predecir que podrían superar las primeras

SIGUE EN LA PAG 10



etapas cruciales de independencia política, sufriendo solamente conmociones limitadas —aunque se las publicara a tambor batiente— y llegando a contar con estructuras políticas más sólidas? Para ello los nuevos países necesitaron mucha fe y una amplia visión del futuro. Afortunadamente, hubo hombres con la misma fe y visión del futuro, dispuestos a ayudarlos con un envío considerable de recursos, tanto materiales como humanos, desde otras partes del mundo.

Esas cualidades van a ponerse a prueba una vez más, pues nos encontramos en una etapa crítica del proceso de desarrollo.

Las cifras que reflejan el progreso alcanzado son alentadoras, ya que indican lo que se puede hacer. Pero si se consideran las necesidades actuales y la magnitud del problema —así como el clima actual de desencanto— no dan muchos motivos de optimismo, y ninguno, por cierto, de complacencia.

Pese al importante progreso alcanzado en general, el efecto sobre la pobreza de los individuos que representan cerca de dos tercios de la población del mundo todavía es insignificante. Las condiciones de vida de la mayor parte de las regiones en vías de desarrollo siguen siendo inferiores a las que prevalecían en Europa antes de la revolución industrial. Más de la mitad de los ciudadanos de esos países todavía tienen que subsistir con ingresos inferiores a U\$S 100 al año. En muchos de ellos, incluidos algunos de los mayores y más pobres, la tasa de crecimiento ha sido muy inferior al promedio. Debido al rápido aumento de la población, el incremento de la renta *per capita* con frecuencia es imperceptible. Las personas viven más, pero no mejor.

Muchos más niños van a la escuela que antes, pero en muchos casos la instrucción que reciben guarda poca relación con sus circunstancias o con las necesidades del país. La migración hacia las ciudades y el desempleo plantean enormes problemas. Hasta los alentadores resultados obtenidos con la «revolución agrícola» han creado nuevas dificultades, al tiempo que solucionaban otras ya existentes.

Estos son sólo algunos de los obstáculos que se nos presentan. Pero ahora contamos con el elemento indispensable que no tuvieron la suerte de tener los que sentaron las normas hace más de veinte años. A diferencia de ellos, ahora sabemos que los programas de desarrollo pueden llevarse a cabo con éxito, que realmente es posible lograr el desarrollo si existen la voluntad y la dedicación exigibles y absolutamente indispensables. Ahora tenemos que preguntarnos cómo podremos aprovechar esa circunstancia para formular un enfoque nuevo, sistemático, aceptable para todos, de los problemas del desarrollo económico en la década que empieza y en las que la sigan. ■

“Nuestra inacción de hoy puede tener mañana trágicas consecuencias”

Estamos firmemente convencidos de que en el futuro —aún más que en el pasado— el proceso de desarrollo habrá de revestir la forma de una asociación activa y verdadera entre las naciones ricas y las pobres. Es vano pensar que algún día, guardando las distancias, puedan unas u otras suministrar o recibir una ayuda importante sin comprender plenamente el proceso en función del cual se decide la asignación y empleo de esa ayuda, ni participar tampoco en ese proceso. Ningún país tiene derecho a inmiscuirse en los problemas de los demás, pero todo país u organismo que transfiera recursos en beneficio de otro tiene indudablemente derecho a dar su opinión y a que lo informen de las decisiones que afecten fundamentalmente el desarrollo económico que contribuye a fomentar.

Este tipo de asociación, que ha de mantenerse separada en todo lo posible de los vaivenes de la política a corto plazo, es esencial para que surja una relación durable orientada al logro de objetivos de desarrollo a largo plazo, única base que conviene a un enfoque sistemático del problema. Su ámbito de acción no ha de limitarse a los aportes de recursos de origen público, que son de la incumbencia de los gobiernos y que en sentido estricto son los únicos que pueden considerarse como ayuda, sino extenderse también a las medidas relativas al intercambio comercial y a los movimientos de capital privado, elementos que pueden resultar igualmente importantes para el adelanto de los países en vías de desarrollo.

Desde luego, estos movimientos de capital privado (que actualmente representan casi la mitad del aporte total de recursos financieros a los países en vías de desarrollo) no constituyen una carga para el contribuyente. Pueden entrañar riesgos —y también utilidades— para el inversionista, pero su peso, aún tomando en cuenta el valor real que para el proceso de desarrollo tenga el préstamo, cae sobre los encargados de reembolsar ese capital.

En ciertos países en vías de desarrollo ese peso es grande, y en algunos de ellos alcanza un nivel tal, que el pago de la deuda empieza ya a exceder el monto de los nuevos préstamos. En segundo lugar, es obvio que la ayuda oficial debería dedicarse cada vez más a la promoción del desarrollo económico y no a la consecución de los muchos objetivos a corto plazo a que con frecuencia se la ha destinado hasta ahora.

Por supuesto, hay países en que no podrá darse un adelanto rápido hasta

que no se implanten mejoras básicas y durables en las estructuras sociales, pero en la gran mayoría de ellos ha de ser posible emprender un esfuerzo concertado susceptible de producir resultados positivos y fáciles de medir, y sentar también las bases de un desarrollo autónomo acompañado del progreso social correspondiente.

En suma, toda ayuda suplementaria tendría que tener por fin el de lograr objetivos claros y concretos, y asignarse con arreglo a criterios explícitos que hagan especial hincapié en el rendimiento de la economía del país beneficiario, sin olvidar por ello el progreso social. Consideramos que la meta global para la década que comienza debería ser la consecución de una tasa anual de crecimiento del 6 por ciento para el conjunto de los países no industrializados. Se entiende que esta sería una tasa *media* de crecimiento, y que mientras algunos países la superarían, otros no llegarían a alcanzarla. Pero creemos que esta meta global podría contribuir en grado considerable a servir de rasero con que medir el progreso y el éxito que se alcance.

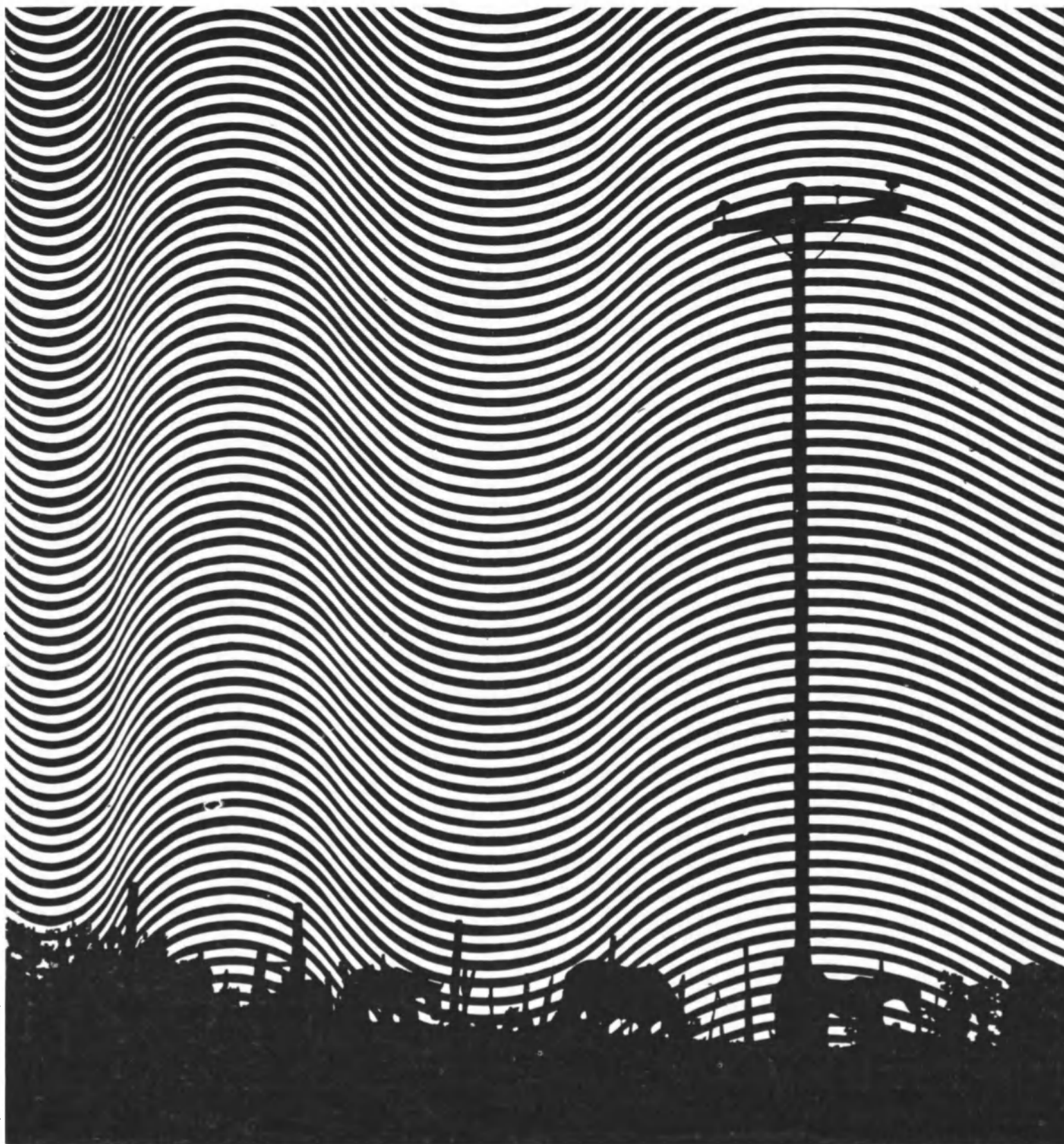
También creemos firmemente que no basta con establecer una simple tasa de desarrollo y una meta global. Para satisfacer tanto a los países industrializados como a los que no lo están, la ayuda deberá estar concebida en forma que favorezca a las economías hasta que éstas alcancen el punto en que el crecimiento se sostiene a sí mismo sin necesidad de ayuda externa concedida en condiciones de favor.

Es necesario seguir de cerca tanto los compromisos contraídos por los donantes como los resultados obtenidos por los beneficiarios. Ya existe parte del mecanismo necesario para ese fin. Es alentadora la labor de los consorcios que constituyen foros regulares en que donantes y beneficiarios se encuentran para examinar los resultados obtenidos y calcular las necesidades futuras. Pensamos que es un sistema que debería crearse en los países y regiones en que no se haya implantado todavía.

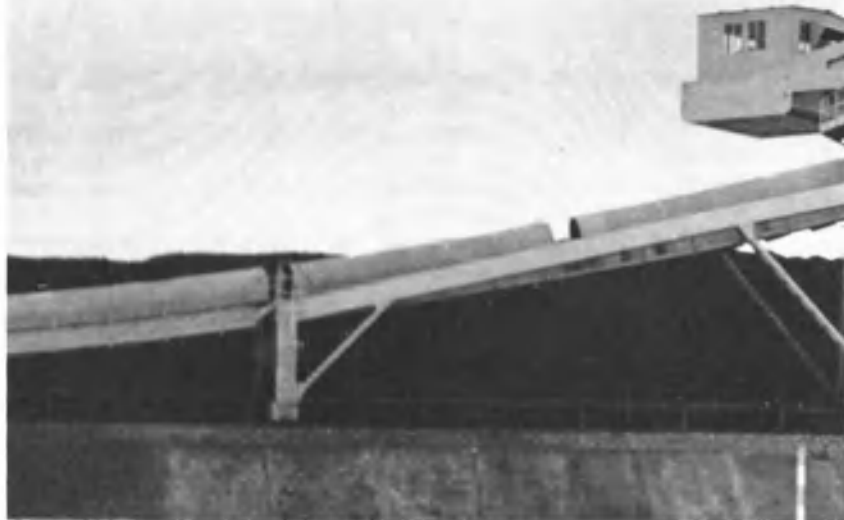
En ese sentido, recomendamos que el Banco Mundial y los bancos regionales no sólo tomen la iniciativa de fortalecer las instituciones de esa índole ya existentes, sino que también coadyuven a la creación de otras nuevas cuando sea necesario.

Para que las relaciones en materia de ayuda sean eficaces y satisfactorias, debe haber mayor coordinación y consultas más frecuentes en torno a todos los aspectos del proceso de desarrollo, especialmente dentro de cada país interesado.

La producción de energía eléctrica se ha multiplicado por siete en el Asia, por cinco en el África y por cuatro en América Latina en los últimos 20 años. Aunque en muchas partes del mundo en vías de desarrollo la demanda supera todavía a la oferta, la producción de energía ha podido responder a las necesidades de industrias que crecen rápidamente, permitir el riego necesario a la agricultura y un servicio muy mejorado para el consumidor urbano, mientras hacía posible también que se comenzara la electrificación de las zonas rurales.



En estos últimos años ha aumentado considerablemente la ayuda que presta el Banco Mundial y sus organizaciones asociadas para el desarrollo económico de África. En Marzo del año pasado los préstamos, créditos e inversiones alcanzaban un total de dos mil millones de dólares, que han ayudado a la construcción de carreteras, vías de ferrocarril y oleoductos, al levantamiento de instalaciones hidroeléctricas, al mejoramiento y expansión de la enseñanza y la preparación técnica y al fomento de la producción industrial y de la minería. La foto muestra varias montañas de manganeso en el Gabón, donde la explotación de ricos depósitos de minerales se ha intensificado en los últimos años.



¿CONSECUENCIAS TRAGICAS? (cont.)

¿Es demasiado pedir un 1 % de la riqueza ajena?

La ayuda financiera actual, acordada por las instituciones multilaterales en condiciones de favor, representa sólo un 11 % de la corriente total de ayuda para el desarrollo proveniente de fuentes públicas. Consideramos que, de aquí a 1975, esta proporción debería ser por lo menos del 20%.

Los organismos multilaterales están en condiciones especialmente ventajosas de realizar una evaluación objetiva tanto de la oportunidad y perspectivas de la ayuda como de su distribución, pero para desempeñar el papel más activo que contemplamos para ellos deben de estar organizados

y administrados de una manera eficaz.

Esto no quiere decir, por supuesto, que deba reducirse en modo alguno la ayuda bilateral. En realidad, las dos terceras partes del aumento de esa ayuda podrían muy bien tomar vías bilaterales.

La Asociación Internacional de Fomento podría desempeñar un papel más activo. Consideramos que, de las organizaciones existentes, ésta es la que se halla en mejores condiciones de dirigir el esfuerzo que exige el establecer criterios para la asignación de la ayuda en función de los resultados económicos obtenidos y no de relaciones políticas o accidentes históricos que guarden poca o ninguna relación con las necesidades o la eficacia del proceso del desarrollo económico.

Fuera de la mejor repartición y organización de la ayuda, recomendamos que se incremente sustancialmente su volumen. Consideramos particularmente que se debería confirmar el objetivo sobre el cual ha habido ya acuerdo: el de hacer subir al 1 por ciento del producto nacional bruto de los países industrializados el monto de sus transferencias públicas y privadas de capital a los países en vías de desarrollo.

No creemos realista, sin embargo, esperar que todos los países puedan alcanzar inmediatamente esa meta del 1 %, aunque en principio la hayan aprobado. En algunos casos la distancia a recorrer es demasiado grande y excesivamente largos los plazos necesarios para abrir los créditos, comprometerlos y desembolsar los fondos correspondientes.

No obstante, consideramos a la vez posible y necesario alcanzar y hasta exceder esa meta de aquí a 1975. Todos los países desarrollados deberían aceptar esa fecha límite, anunciar las medidas que se propongan adoptar para respetarla e informar periódica-

LA FINANCIACION DEL DESARROLLO

Costear el desarrollo económico del mundo no industrializado es tarea que llevan a cabo conjuntamente tres organizaciones que forman el grupo especializado de Naciones Unidas: el Banco Mundial, la Corporación Financiera Internacional y la Asociación Internacional para el Desarrollo, conjuntamente con el Programa de las Naciones para el Desarrollo.

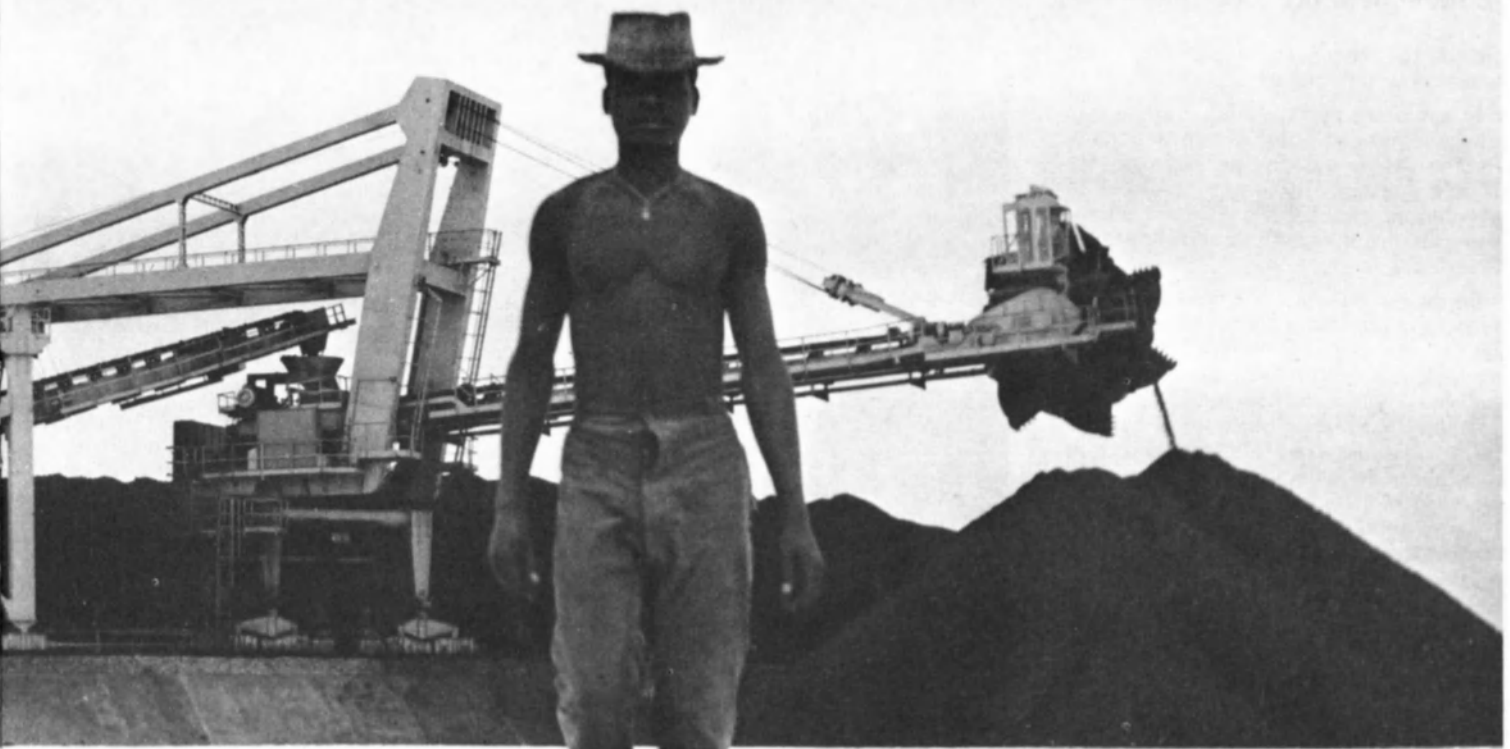
El BANCO MUNDIAL (por otro nombre Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento) ha adquirido una extraordinaria experiencia en el ramo desde que efectuara su primer préstamo en 1947. Del apoyo que prestara en un principio a obras de fomento de la energía y los transportes, el Banco ha pasado a diversificar sus operaciones hasta ocuparse de la agricultura, la industria y la enseñanza. Esta organización, que cuenta con 110 Estados Miembros, los ayuda a trazar programas de desarrollo, los aconseja sobre la política a seguir, los ayuda en la planificación de sus programas y estudia los problemas del desarrollo.

La CORPORACION FINANCIERA INTERNACIONAL, creada en 1956, asiste a sus Estados Miembros (que actualmente son 91) a desarrollar el sector privado de sus economías por medio de préstamos e inversiones no garantizados por ningún gobierno. De financiar las industrias minera y fabril, como hizo en un principio, la Corporación ha pasado a otros campos tan diversos como la conservación y envasado de alimentos, la distribución de los diversos servicios y el turismo.

La ASOCIACION INTERNACIONAL DE DESARROLLO, creada en 1960, suministra capital en términos especialmente favorables a los países menos prósperos con fondos provenientes principalmente de las contribuciones de los 18 Miembros más prósperos entre los 102 que la componen, y provenientes también de las ganancias netas del Banco Mundial.

En la década recién terminada el conjunto de estas tres organizaciones (llamado «grupo del Banco Mundial») ha invertido en programas de desarrollo alrededor de mil millones de dólares anuales.

EL PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO, por último, se creó en 1965 por la fusión de dos reparticiones especiales de Naciones Unidas: el Programa Ampliado de Asistencia Técnica y el Fondo Especial, respondiéndose así a la necesidad de que la familia toda de Naciones Unidas pudiera satisfacer más eficazmente las necesidades de los países de renta más baja. Este Programa para el Desarrollo, la fuente más amplia de orden multinacional jamás creada para asistir y cooperar técnicamente con los países antes de que éstos pidan y obtengan las inversiones de capital necesarias, facilita con su intervención la financiación en gran escala de los programas de desarrollo. 37 de los programas formulados bajo su égida a un costo total de 43 millones de dólares solamente han invitado inversiones de 1.900 millones de dólares, lo cual da idea de su peso y prestigio en esta gran operación internacional.



mente sobre los progresos que alcancen.

Otro aspecto quizá más importante es el de la elevación de la corriente de ayuda oficial para el desarrollo, la única que realmente constituye una carga para el contribuyente y que de aquí a 1975 debería elevarse al 0,7 por ciento del producto nacional bruto. El aumento en el volumen anual medio que se necesitaría para alcanzar esa meta (unos U\$S 1.500 millones) es modesto si se lo compara con el incremento del producto nacional bruto de los países desarrollados, que se calcula en unos U\$S 120.000 millones aproximadamente, pero reconocemos que tal vez a algunos países les resulte difícil lograrlo. Así y todo, estamos convencidos de que con un nivel inferior de transferencias será imposible llegar a los objetivos de desarrollo internacional que nos hemos fijado.

No basta con aumentar el volumen de la ayuda: es preciso que esté mejor pensada y que se organice y administre con mayor eficacia que la actual. La ayuda debe adaptarse a las necesidades de planes de desarrollo bien concebidos, que podrán prever o no préstamos destinados a proyectos concretos. También ha de ser cada vez más incondicional, de suerte que los países beneficiarios no tengan que soportar las desventajas administrativas y económicas que supone el ver ligada esa ayuda a determinadas condiciones. También tiene que verse acompañada, en medida creciente, de una asistencia técnica integrada que permita a los beneficiarios adquirir los conocimientos técnicos necesarios para aprovecharla debidamente.

La importancia que acordamos a la ayuda de origen oficial no quiere decir que tengamos en menos la asistencia de origen privado. Por el contrario, estimamos que la inversión de capitales privados extranjeros y la transferencia de conocimientos técnicos

son importantes y dignos de todo estímulo.

En nuestro informe se destaca también la importancia vital del comercio para el proceso del desarrollo económico. La expansión constante y vigorosa del intercambio mundial es un requisito esencial de un desarrollo internacional rápido. Muchos países en vías de desarrollo deberán orientar más sus actividades hacia el exterior y tratar de entrar en competencia con los otros. Por su parte, los países desarrollados deben proceder igualmente a un nuevo examen de su política comercial, con el fin de eliminar los obstáculos que se oponen a la expansión del comercio dentro de los países en vías de desarrollo.

Todo depende, en gran medida, del éxito que se logre en otro sentido: el encaminado a frenar el rápido ritmo de crecimiento demográfico, crecimiento debido principalmente a la disminución de la tasa de mortalidad, y no al aumento de la tasa de natalidad. Cada vez resulta más evidente que ninguna medida en pro del desarrollo de los países de bajos ingresos tendrá alcances verdaderamente significativos a menos que se aminore sustancialmente el ritmo del crecimiento demográfico, que en muchos países amenaza ahora con neutralizar todo el progreso alcanzado.

El problema demográfico sigue siendo un problema difícil de abordar, pese a que en los últimos años los términos en que se habla de él se

caracterizan por una mayor franqueza. A nuestro juicio la cuestión debe seguir siendo objeto de decisiones que se tomen en el seno del hogar y dentro del país, no debiendo intervenir en ella ninguna autoridad ajena a éste. Pero el problema reviste tanta importancia para el futuro, no sólo del proceso del desarrollo, sino también del mundo entero, que ningún organismo de ayuda puede mostrarse más indiferente ante los resultados obtenidos en esa esfera que ante los obtenidos en ninguna otra.

No ignoramos que, a largo plazo, el progreso económico y social constituye la mejor forma de estabilizar el crecimiento demográfico. Pero desgraciadamente ya no tenemos ese largo plazo a nuestra disposición. Existe una verdadera explosión demográfica, y es preciso tomar medidas inmediatas para abordar el problema.

Esperamos que la tendencia creciente que se observa en los países en vías de desarrollo en el sentido de cobrar conciencia de la importancia del control de la natalidad se acentúe más aún en los próximos años.

Estas son algunas de las ideas fundamentales expuestas en nuestro informe. Al expresarlas hemos tratado de alcanzar un equilibrio entre la meta que representa el desarrollo autónomo de los países de bajos ingresos de aquí al fin del siglo, y una política de colaboración acompañada de un programa de ayuda que se funde en una auténtica asociación de fuerzas y voluntades.

A los que reconocen la importancia de un desarrollo equilibrado de la comunidad mundial, a los que entrevén sus repercusiones de futuro, pero que no se dan plena cuenta de las dificultades que existen para lograrlo, tal vez les parezcan tímidas algunas de las medidas inmediatas que recomendamos. Al propio tiempo, los que no acepten nuestra evaluación del pro-

blema tal vez las consideren poco realistas e innecesarias.

Por nuestra parte, consideramos que las recomendaciones son prácticas y viables si —y me doy perfecta cuenta de la importancia de este «sí»— existe la voluntad necesaria en ambos sectores del frente del desarrollo para llevarlas a cabo.

Lejos de nosotros el pretender que nuestra encuesta revele nuevas verdades. Nuestra ambición es más modesta que todo eso. Confiamos en que los resultados de nuestra investigación conduzcan al nuevo estudio del problema a escala mundial que consideramos necesario; como lo señalara Mc.Namara, que estimule «en el foro más amplio posible, el intercambio de ideas y el debate, así como la acción rápida, sobre esos problemas —entre gobiernos, entre organismos internacionales, entre organizaciones públicas y privadas de todo tamaño y característica que se ocupan de lo que, a mi entender, la historia considerará como la tarea más crucial del siglo; el desarrollo ordenado de la humanidad en una era de cambios técnicos totalmente revolucionarios».

En relación con las políticas y medidas necesarias para hacer frente a una situación que, de hecho, constituye una crisis en el desarrollo internacional, la indiferencia, y no la oposición, es el mayor obstáculo para el progreso. Ha llegado el momento de que todos los hombres de buena voluntad reconozcan que con la indiferencia, o un débil apoyo que atribuye una prioridad muy baja a la ayuda para el desarrollo, no puede solucionarse esa crisis.

Es preciso que se dé a la ayuda para el desarrollo una elevada prioridad, aún cuando tenga que compartirla con los cañones, la mantequilla y la conquista del espacio. En el próximo decenio la historia no ofrece otra alternativa a los países desarrollados y en vías de desarrollo que la de abordar, con sinceridad y energía, los problemas difíciles pero de vital importancia a que da lugar la pauta desigual del crecimiento mundial.

Si insistimos en que se modifique esta estructura es porque entrevemos una comunidad mundial de la que todos los pueblos podrán formar parte con dignidad y decoro, y en la que los pueblos necesitados y desheredados podrán incorporarse a la corriente de progreso tecnológico y social.

A los que no comparten esa visión de futuro sólo podemos pedirles que traten de imaginarse lo que será el mundo dentro de 25 años si continúa acentuándose la división entre las sociedades ricas y las sociedades pobres, entre las sociedades desarrolladas y las sociedades estancadas, como ciertamente estarán si no nos unimos para impedirlo.

14 Y luego les pediremos que recuerden las medidas que habríamos podido tomar para evitar las consecuencias trágicas que nuestra inacción de hoy puede tener mañana.

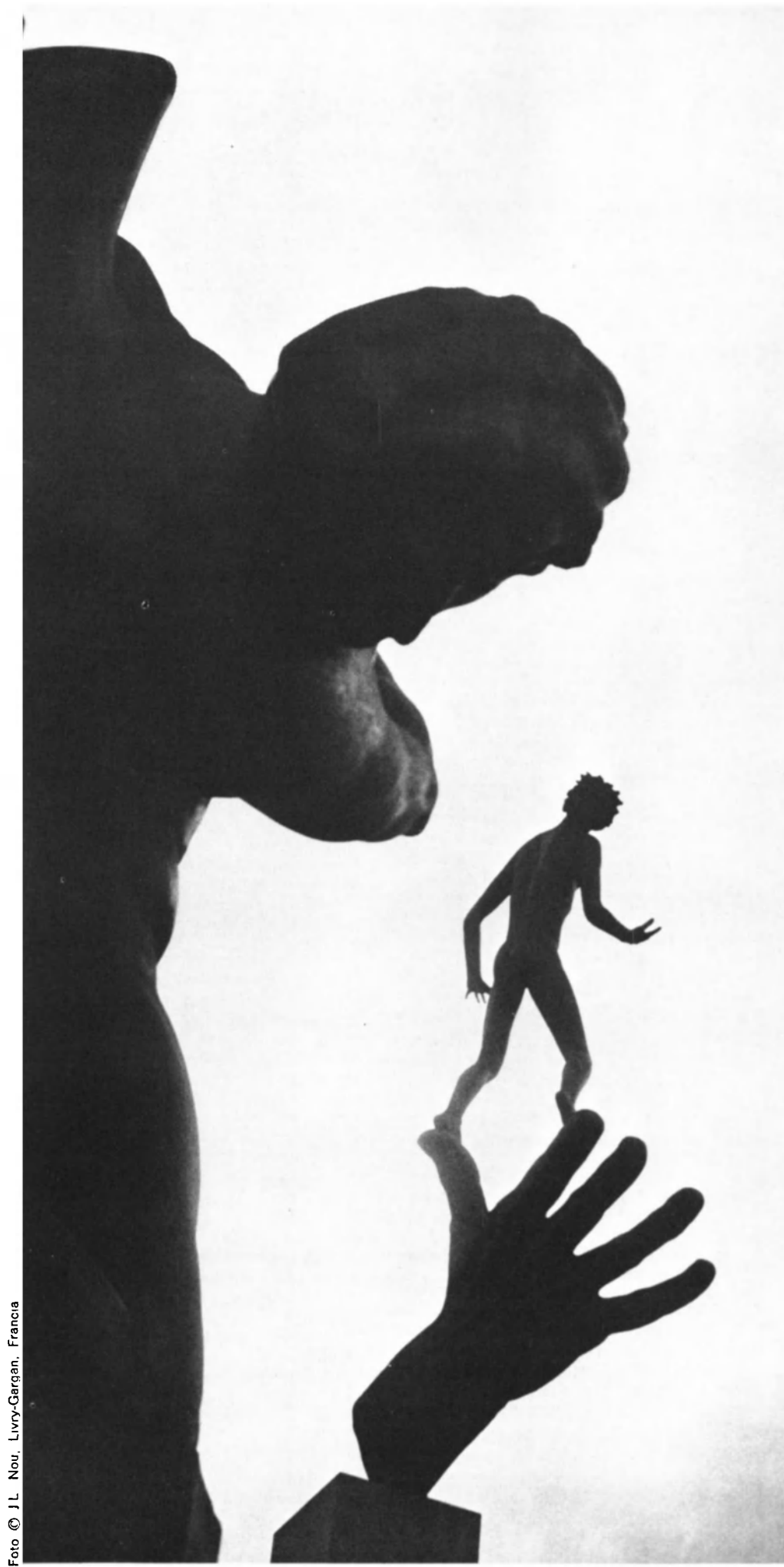


Foto © J.L. Nou. Livry-Gargan. Francia

30 PUNTOS DE ACCION

Las recomendaciones del Informe Pearson (resumidas más abajo) definen la acción a emprenderse para el desarrollo económico internacional y vienen a ser las reglas de una nueva estrategia para lograrlo.

EN LA ESFERA DEL COMERCIO

- Para un desarrollo internacional rápido se necesita una fuerte expansión del comercio mundial y también que los países en vías de desarrollo se orienten más hacia el exterior y a la competencia con los demás.
- Los países industrializados deberían abolir los derechos de importación y los impuestos excesivos sobre el consumo de artículos de primera necesidad producidos exclusivamente por las naciones en vías de desarrollo. A estas últimas habría que garantizarles una oportunidad mayor de vender aquellos productos agrícolas suyos que también produzcan los países industrializados.
- Debería haber dinero disponible para ayudar a los países pobres a enjugar los déficits que haya en sus exportaciones.
- En el curso de la década que se inicia deberían abolirse las restricciones cuantitativas establecidas para la importación de productos manufacturados por los países en vías de desarrollo. El comercio entre estos últimos debe ampliarse considerablemente, en parte por medio de convenios en que hagan nuevas concesiones mutuas por lo que respecta a las tarifas de aduana.
- Habría que prestar un apoyo mayor a los bancos dedicados al desarrollo de una región, y éstos deberían extender sus créditos de exportación a los países en vías de desarrollo.
- Las organizaciones internacionales deberían estudiar la necesidad de establecer disposiciones de pago internacional para facilitar el comercio entre los países en vías de desarrollo y gestionar concesiones mutuas de carácter aduanero que abarquen una gran cantidad de productos.
- Se necesita crear un apoyo financiero a los depósitos de productos agrícolas que permita hacer frente a los años de malas cosechas y estabilizar los precios de aquéllos.

INVERSIONES DEL EXTRANJERO

- Los países en vías de desarrollo deberían facilitar las inversiones del extranjero, garantizar su estabilidad y simplificar los procedimientos administrativos.
- Los que hagan inversiones desde el exterior en los países en vías de desarrollo deberían contribuir a la preparación de la mano de obra y al mejoramiento de la industria local.

SIGUE A LA VUELTA

DESARROLLO ECONOMICO

- Los países en vías de desarrollo no deberían concederles, en cambio, ni una protección ni una serie de concesiones excesivas, sobre todo en lo que respecta a los impuestos.
- Las organizaciones internacionales y los gobiernos acreedores deberían crear un «sistema de alarma» para que esos países no se carguen de deudas que les resulten aplastantes.
- La inversión de capitales extranjeros privados no excluye la ayuda pública. La de carácter oficial para costear carreteras, escuelas y hospitales debe preceder a las inversiones privadas.
- Todo aumento en la ayuda que se preste a los países en vías de desarrollo debería tener por finalidad bien definida la de ayudarlos a entrar por un vía de crecimiento sostenido. Para la década que se inicia el objetivo que se persigue es el de aumentar el producto nacional bruto, en promedio, por lo menos en un 6% anual. Los países que lleguen a este nivel podrán bastarse a sí mismos al finalizar el siglo.
- Los aumentos de que sea objeto la ayuda en el futuro deberían limitarse estrictamente a fines económicos y de desarrollo. A cambio de ello, los países pobres tendrían que contar con la garantía de ayuda financiera de los ricos.

VOLUMEN DE AYUDA

- Para 1975 como máximo se debería alcanzar la meta fijada por las Naciones Unidas para la ayuda que presten las naciones más ricas; el 1 por ciento de su producto nacional bruto. En ese año, y en ningún caso después de 1980, la ayuda pública u oficial en forma de subvenciones o préstamos con baja tasa de interés debería constituir el 0.70 por ciento del producto nacional bruto de los países ricos.
- Los programas de ayuda alimentaria tendrán que ser reemplazados por otras formas de ayuda a medida que los países pobres se basten a sí mismos en la producción de alimentos.

EXONERACION DE DEUDAS

- El alivio de una deuda constituye una forma legítima de ayuda. Para evitar las futuras crisis en este sentido, los términos en que se fija la ayuda deberían ser más llevaderos y uniformes entre los grupos donantes.

ADMINISTRACION MAS EFICAZ DE LA AYUDA

- Donantes y recipientes deberían reunirse en el curso de 1970 para evitar el papeleo administrativo y establecer programas trienales en vez de los presupuestos anuales de ahora.
- Tendría que haber menos obligación de la que hay por parte de los países en vías de desarrollo de comprar mercaderías en los países que les prestan ayuda, y éstos permitir que sus fondos se empleen para hacer compras en otros países en vías de desarrollo.

ASISTENCIA TECNICA

- En la década que acaba de determinar, el crecimiento rápido —de más del 10% anual— ha provocado omisiones o faltas en esta forma de ayuda, que a menudo no ha llegado a satisfacer las exigencias de los países en vías de desarrollo, especialmente por lo que se refiere a la agricultura y la enseñanza, ni tampoco ha sido debidamente integrada con la asistencia que consiste en la prestación de capitales.

- Los cuerpos nacionales e internacionales de expertos en asistencia técnica tendrían que hacer de su trabajo una carrera profesional, ayudados para ello tanto por los países donantes como por las instituciones privadas.

CONTROL DE LA NATALIDAD

- La manera de «planear una familia» es cosa que debería saber todo el mundo. No tiene por qué nacer nadie cuyos padres no desean que nazca. Al planificar los programas de ayuda, tanto los países donantes como los países beneficiarios deben hacer hincapié en el control de la natalidad dentro de estos últimos. Las Naciones Unidas deberían designar un Comisionado de Población para ayudar a dirigir los programas de control de natalidad en las diversas organizaciones de Naciones Unidas.
- En consulta con la Organización Mundial de la Salud, el Banco Mundial debería iniciar un programa internacional de movilización de recursos de estudio dentro de esta esfera.

AYUDA A LA ENSEÑANZA Y A LA INVESTIGACION

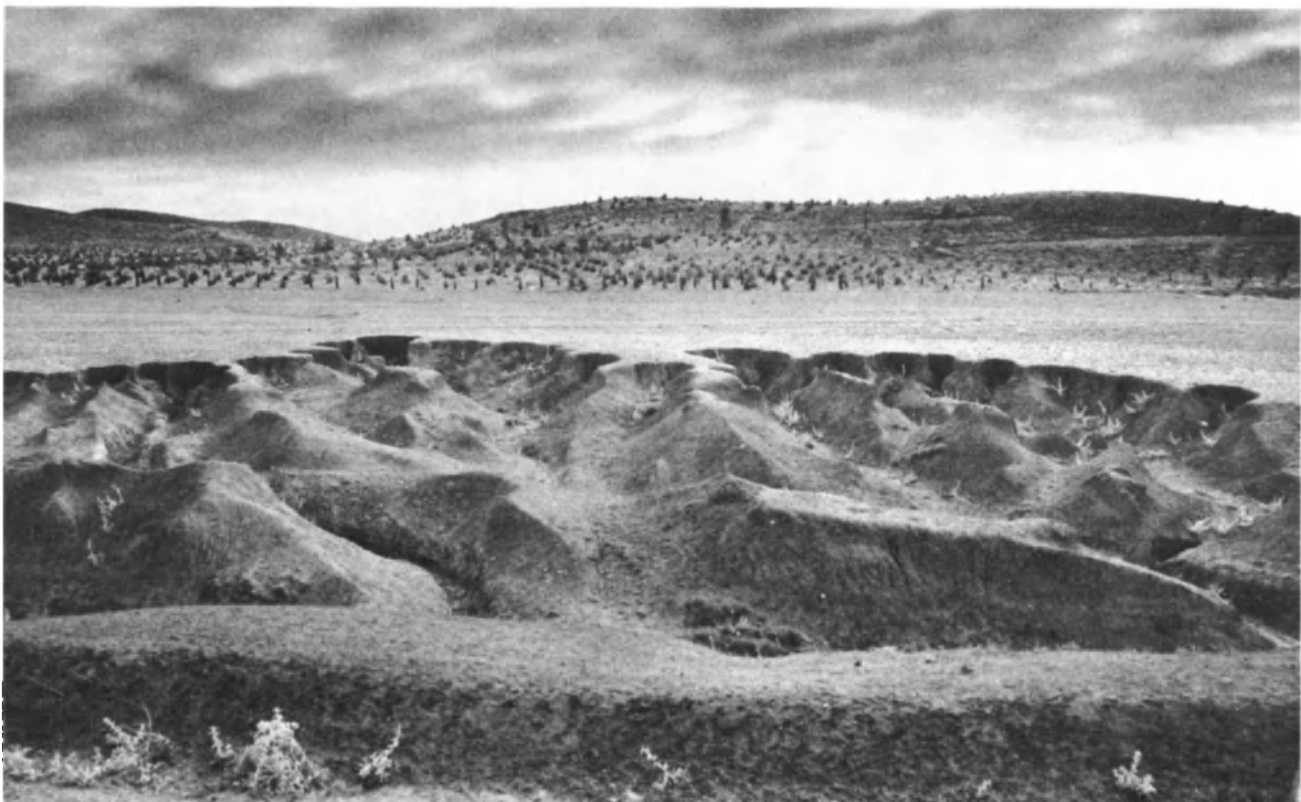
- Se debería disponer de mayores recursos para la investigación y experimentación de nuevos métodos de enseñanza en los países en vías de desarrollo para aumentar la capacidad de éstos en el sentido de adquirir, adaptar y desarrollar conocimientos científicos y técnicos.
- Parte de los recursos de investigación y desarrollo de los países industrializados se debería dedicar al estudio de los problemas de los países en vías de desarrollo.
- Los países ricos deberían ayudar a crear centros internacionales y regionales de investigación y desarrollo dentro de esferas como las de la agricultura tropical, el adelanto técnico, la enseñanza y el urbanismo.

AYUDA MULTILATERAL

- Las organizaciones de Naciones Unidas deben ejercer una dirección más acusada de la asistencia con fines de desarrollo para hacer de ésta un esfuerzo auténticamente internacional.
- Para 1975 la parte de ayuda pública oficial multilateral debe aumentar del 10 al 20%. La Asociación Internacional para el Desarrollo, organización del Banco Mundial dedicada a la financiación de préstamos fáciles, debería convertirse en una organización de importancia fundamental para los esfuerzos de ayuda multilateral.
- Para 1975 dicha asociación debería cuadruplicar sus actividades actuales, llegando las contribuciones de los diversos países a un total de 1.500 millones de dólares, contra los 400 millones que constituyen la contribución actual. Los bancos regionales de desarrollo tendrán también que recibir mayor apoyo.
- El Presidente del Banco Mundial debería convocar en 1970 una conferencia de las organizaciones de Naciones Unidas y otras de carácter internacional, tanto multilaterales como bilaterales, para que trabajaran en el sentido de coordinar sus esfuerzos para crear un sistema coherente de ayuda internacional.



**LOS ARBOLES
AL SOCORRO
DE LA TIERRA**





Argelia es un país que ha sufrido en el transcurso de los siglos la desaparición de casi todos sus bosques y donde la erosión de la tierra es una de las más fuertes del mundo. Esta erosión no sólo perjudica a la agricultura, sino también a las represas o embalses, rápidamente llenas del barro que arrastran las aguas. El gobierno argelino está empeñado en una vasta campaña de repoblación forestal con la ayuda de la FAO, y tiene el proyecto de crear un servicio nacional por el que todos los jóvenes, a partir de los 19 años, habrán de participar en la reconstrucción de los bosques. Arriba, cerca de Batna, preparación por medio de tractores de un terreno en el que varios trabajadores agrícolas (arriba, izquierda) van a empezar a plantar árboles. A la izquierda, un nuevo bosque ya ha empezado a echar raíces detrás del frente de la erosión. A la derecha, una de los numerosos viveros donde se preparan por millones almácigos de coníferas y eucaliptus.



Caleidoscopio del tercer mundo

Con la expresión «países menos desarrollados» se designa a casi 100 países, pobres en ingresos monetarios, pero diferentes en cuanto a cultura, situación económica y estructura social y política. La primera consecuencia de una preocupación por su desarrollo es reconocer esta inmensa diversidad. Por ejemplo:

■ Entre los países de bajos ingresos se cuentan la India, con 530 millones de habitantes; Corea del Sur, con 30 millones; Costa Rica, con 1,5 millones, y el Gabón, con 500 000. La India es una federación de diecisiete estados, el mayor de ellos con más habitantes que cualquier país de Europa; el Gabón, por su parte, tiene menos habitantes que un barrio de Londres. El gran tamaño comporta complejos problemas de administración y cohesión política, pero también significa el disponer de grandes mercados y la posibilidad de economías en una escala correspondiente. Los países pequeños suelen presentar un panorama bastante distinto, con problemas centrados en la exigüidad de sus entradas, la escasez de mano de obra diestra y de profesionales y la debilidad de su posición en los mercados mundiales.

■ Aunque la población crece rápidamente en la mayoría de los países en desarrollo, hay grandes diferencias en los problemas sociales y económicos cuando se trata de países con 400 habitantes por kilómetro cuadrado, como el Pakistán Oriental, y países con una densidad de 10 habitantes por kilómetro cuadrado, como el Brasil. Cuando es posible abrir nuevas tierras al cultivo, sea cual sea el costo, la sicología es distinta de cuando la superficie cultivable es fija y se subdivide en parcelas cada vez menos adecuadas.

■ Los sistemas políticos de los países en desarrollo van desde la democracia con plena participación, pasando por los sistemas de partido único, hasta las dictaduras. Algunas economías dependen especialmente del sector privado y otras del sector público; la mayoría de ellas se encuentra entre ambos extremos, salvo en lo que respecta a las empresas de servicios pú-

blicos y a la industria pesada que, por lo común, son propiedad del Estado.

Al intensificarse la conciencia política y diversificarse el poder económico, los valores tradicionales ceden ante nuevas modalidades de comportamiento que se reflejan en una gama aún más rica de estructuras políticas y de políticas económicas.

■ La diversidad entre los sistemas de valores en los países de bajos ingresos es, cuando menos, tan grande como en el mundo industrializado. Algunas sociedades son viejas, como las de México o la India; otras se han liberado recientemente del colonialismo; otras más están empeñadas en una rápida industrialización; pero las hay que todavía no han delineado una clara trayectoria económica.

Por último, algunas sociedades no tienen otra posibilidad que dedicar la mayor parte de su energía a armonizar las diferencias raciales y tribales para llegar a ser Estados durables. Ni la adquisición de riqueza ni la regimentación de los sistemas son allí objeto de admiración o aceptación universales.

■ También varía mucho la facultad de adaptación a los cambios políticos y económicos en función de la flexibilidad de las estructuras sociales, la historia colonial, la reserva de fuerza de trabajo capacitada y otras muchas variables. Hay más capacidad administrativa, esencial para hacer frente al cambio, en América Latina y en Asia que en África.

Sin embargo, aun cuando la capacidad administrativa sea adecuada, como ocurre en el continente asiático, puede mostrarse incapaz de sobrepasar sus tradicionales funciones de mantenimiento de la ley y el orden y tomar la iniciativa del gran cambio necesario sin perder por ello la eficacia que la caracteriza.

■ También se registran grandes variaciones en los niveles de ingreso y de potencial económico. El ingreso *per capita* en la Argentina es superior a 780 dólares, el de la India se aproxima a 90 y en varios países es inferior a 60. La mayor parte de la población de ciertos países vive al nivel de la mera subsistencia, en tanto que en otros

goza ya, o puede gozar, de un nivel mínimo de comodidades de la vida moderna.

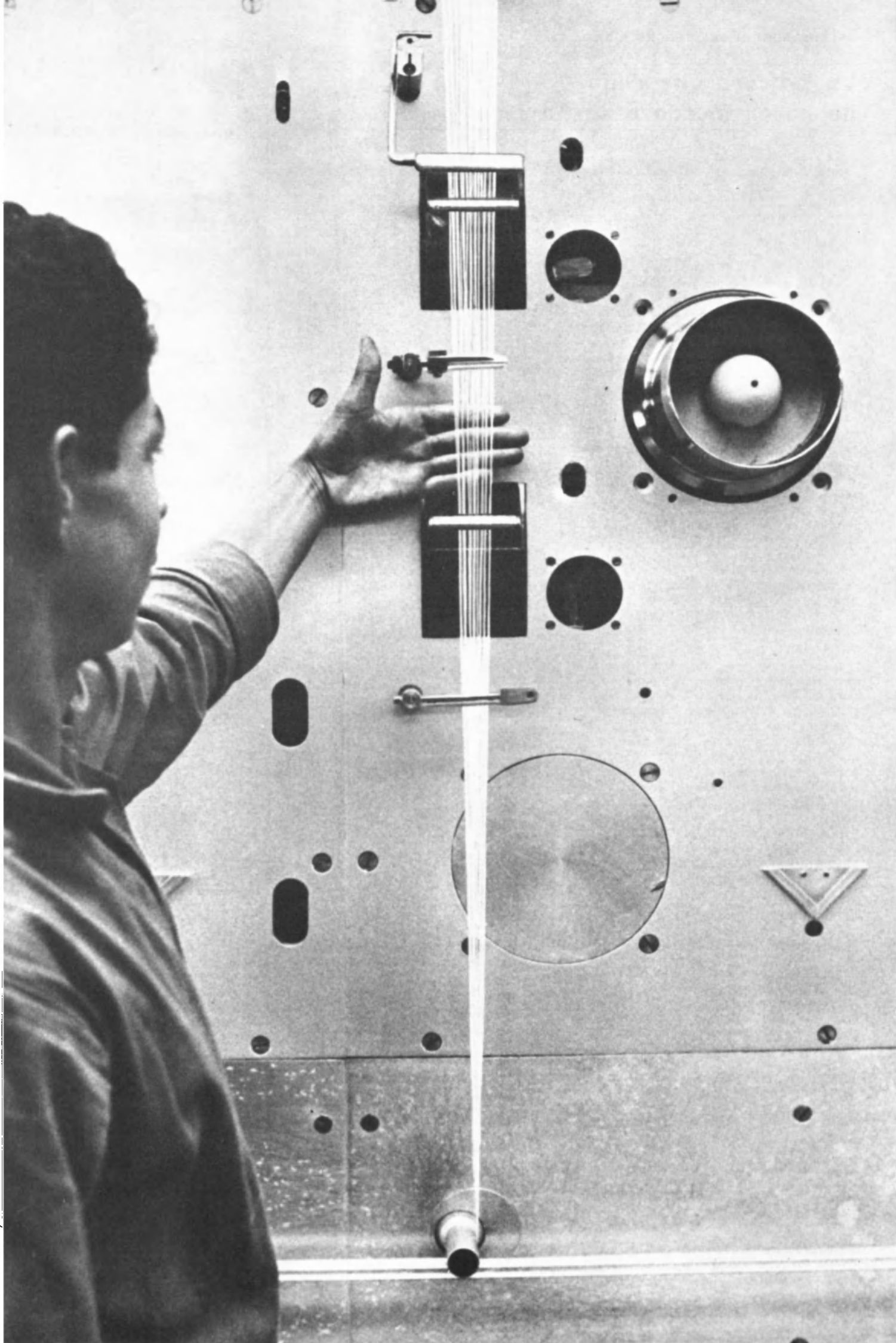
Hay además enormes diferencias de estructura económica. Muchas economías dependen fundamentalmente del comercio exterior, pero algunas, por ejemplo la India, sólo dependen marginalmente del comercio. Varios países, como Zambia y Venezuela, tienen un gran sector minero bien explotado; algunos, como Hong-Kong y México, tienen industrias bien implantadas; pero la gran mayoría depende casi exclusivamente de la agricultura. Se observan diferencias igualmente marcadas en las estructuras de la propiedad y la distribución del ingreso.

Naturalmente, es difícil evaluar con exactitud el potencial económico, ya que los descubrimientos de reservas de petróleo, yacimientos de gas o los nuevos usos de antiguos metales siguen desmintiendo anteriores pronósticos. Con todo, en el actual estado de nuestros conocimientos, puede decirse, por ejemplo, que Turquía está bastante bien dotada de materias primas y tiene un clima templado, mientras que el Chad no. La India cuenta con todos los recursos físicos de una gran potencia, en tanto que otros países apenas si tienen lo necesario para sobrevivir como naciones.

Así, los problemas del desarrollo difieren enormemente de un lugar a otro. Los objetivos nacionales vienen determinados por la experiencia y por la historia cultural y política, filtradas, a veces imperfectamente, por los gobernantes. La función de los Gobiernos puede ser tentacular o mínima.

SIGUE EN LA PAG 22

La renta media por habitante ha aumentado sensiblemente en la América Latina a partir de 1945, siendo la proporción de aumento ligeramente superior a la del África o la del Asia sudoriental. Las industrias fabriles son las que han registrado el adelanto más espectacular. A la derecha, una fábrica colombiana de fibras sintéticas cuya capacidad de producción se ha intentado hacer aumentar últimamente en un 70 %.



Un proceso que dista de haber tocado a su fin

Pueden heredar una infraestructura y una capacidad administrativa amplias o insignificantes; sus pueblos pueden ser políticamente inestables o maduros; pueden tener una tradición de ahorro y laboriosidad, o tener que adquirir todavía estas características.

Pese tal diversidad, en casi todos los países se advierte un objeto común: el de reducir la pobreza, asegurar niveles mínimos de educación, sanidad pública, vivienda y alimentación a todos sus ciudadanos; intensificar el dominio nacional e individual de la Naturaleza, y ampliar las oportunidades que cada habitante tenga de elegir una carrera, una actividad, un modo de vivir. El equilibrio del pasado se ha roto por muchas causas: aspiraciones nuevas, coeficientes de mortalidad más bajos y una nueva tecnología; y los objetivos materiales encuentran nuevas formas de expresión al fundirse en culturas antiguas y variadas. No cabía esperar que la aparición de nuevas aspiraciones se produjera de una manera suave y silenciosa, y no ha ocurrido así. En muchos países el desarrollo ha sido resultado exclusivo de una lucha constante entre los elementos modernizadores y los tradicionalistas.

Hace menos de veinte años se creía que los únicos elementos necesarios para superar la pobreza eran una gran dosis de técnica, un poco de paciencia y mucho dinero. Casi todas las potencias coloniales creían que sus colonias —muchos países de los que ahora están en vías de desarrollo no eran todavía independientes— necesitarían varias décadas de asistencia antes de contar con el personal económico y administrativo necesario para convertirse en Estados. Se consideraba propio de visionarios hablar de un rápido progreso después de la independencia.

En cambio, en los países en vías de desarrollo se pensaba, en general, que la eliminación del dominio colonial allanaría el camino hacia una prosperidad más o menos inmediata. Como es natural, en los diferentes países se veía de manera distinta la índole de los obstáculos que imponía el colonialismo. Para algunos era un sistema que les obligaba a producir productos agrícolas y minerales y les negaba las ventajas de la industrialización; para otros, el elemento más perjudicial era la protección que concedía a las empresas industriales extranjeras que, después de la independencia, han podido ser nacionalizadas u obligadas, por reglamentación, a conformarse a los intereses nacionales.

Por supuesto, la inquietud ante las desfavorables condiciones de la demanda extranjera de productos agríco-

las tradicionales no se limitaba a los países recientemente independizados. La mayoría de estos países daba prioridad a la implantación de una industria nacional capaz de producir artículos que reemplazaran a los importados, por considerarla políticamente necesaria y económicamente deseable; casi todos creían en la acción oficial directa y en la propiedad estatal de la industria como elemento esencial de la planificación nacional y la redistribución del ingreso, y, en la mayor parte de los casos, se negaban a ver hasta qué punto condiciona el desarrollo de una economía el aumento de la productividad general.

En un principio se solía pensar en esos países que el desarrollo económico debía ser empeño de una minoría selecta en beneficio de la masa; sin creerse necesario movilizar la energía de la población, aún cuando en teoría los gobiernos la consideraran deseable. Solía desconfiarse de las fuerzas del mercado, de la propiedad privada y de los beneficios, en parte porque se asociaba todo esto a la idea del colonialismo y en parte, también, porque los grupos dirigentes procedían de la minoría militar o administrativa.

Los encargados de distribuir el ingreso de manera más equitativa desconocían totalmente la manera de utilizar la legislación fiscal, los gastos públicos y los incentivos generales como instrumentos de política. Con frecuencia se interpretaba mal la función del Gobierno en el fomento del desarrollo. Especialmente en las antiguas zonas coloniales se veía al Gobierno como una continuación del dominio colonial centralizado e intervencionista.

Eran pocos los que comprendían bien la necesidad de recursos humanos para el rápido crecimiento económico, los que sentían hasta qué punto aumentaba la demanda de servicios sociales, en especial en los centros urbanos, y los que se daban cuenta de la importancia de perfeccionar y ampliar la educación y mejorar los servicios sanitarios.

Los países donantes no daban pruebas de comprender mejor estos problemas. Las antiguas potencias coloniales continuaron prestando asistencia financiera y técnica a los Estados recientemente independizados, que también comenzaron a recibir cierta asistencia de otros donantes, pero el desarrollo no pasó a ser el eje de la asistencia sino luego de 1955.

En un principio se creyó que bastaba con dar a esos países una asistencia técnica basada en el envío de expertos y la implantación de sistemas nuevos, así como de medios financieros justificados por las condiciones comerciales. Si bien podían obtenerse

AUMENTO DEL PRODUCTO

Renta anual per capita
(1967)

**Menos de 100
dólares**

**Menos de 200
dólares**

**Menos de 300
dólares**

**Menos de 500
dólares**

**500 dólares
y mas**

Fuente: Banco Mundial

préstamos en condiciones favorables, o donaciones —por ejemplo de los Estados Unidos— poco se sabía de la escala del problema que se trataba de resolver, de la magnitud del cambio social y político necesario o del tiempo que entrañaría lograrlo. Tampoco se prestaba gran atención a las repercusiones de la política comercial o de las condiciones en que se otorgaba la asistencia.

La comprensión del desarrollo y de su efecto en toda la economía y la sociedad ha ido afinándose gradualmente, pero hasta nuestro decenio este entendimiento más perfecto no se ha traducido en una decisión de principio. El proceso dista todavía de haber tocado a su fin.

Simplificaciones tan extremas como

TO NACIONAL BRUTO Y NIVEL DE RENTA "PER CAPITA" EN 69 PAISES

Tasa de aumento del producto nacional bruto (promedio anual 1660-67)

Superior al 6 %	De 5 a 6 %	De 4 a 5 %	De 3 a 4 %	Inferior al 3 %
	Guinea Malawi Pakistán	Etiopía Tanzanía	India Nigeria	Birmania Congo (Rep. Democ.) Haití Malí Somalía
Rep. de Corea Mauritania Tailandia	Bolivia Siria Rep. Arabe Unida	Ecuador Kenya Filipinas Zambia	Ceilán Congo (Brazzaville) Marruecos Sudán Uganda	Camerún Indonesia
El Salvador Irán Costa de Marfil Jordania China (Formosa)	Honduras Irak Malasia Papua y N. Guinea Turquía	Brasil Colombia Paraguay	Rep. Dominicana Ghana Liberia Túnez	Argelia Senegal
Nicaragua Perú	Costa Rica Guatemala	Gabón	Guayana Jamaica	
Chipre Grecia Israel Libia México Panamá España Trinidad y Tobago Yugoeslavia		Chile Líbano Venezuela		Argentina Uruguay

éstas llevaron a los países industriales y a los de bajos ingresos a insistir demasiado en las corrientes de asistencia y en el crecimiento del producto nacional bruto *per capita*, hábito que sólo va cediendo lugar con lentitud a la idea de que el efecto de las corrientes de ayuda sobre el producto nacional bruto depende en buena parte de la eficiencia con que el país receptor utiliza sus recursos internos y aplica sus políticas económicas y sociales.

Estas políticas tienen otros objetivos —por ejemplo, la igualdad en la distribución personal o regional del ingreso, o la inversión financiera en educación y servicios sociales— que, a veces, no han de alcanzarse sino haciendo más lento el ritmo de desarrollo.

También se comprende ahora mejor que las corrientes de asistencia pueden llegar a ser contrarrestadas, o el crecimiento verse limitado, por el mal funcionamiento del intercambio comercial o por políticas monetarias mal adaptadas.

Los enfoques del pasado se van modificando de modo gradual con la experiencia de dos decenios. Muchos países en vías de desarrollo admiten ahora que la economía debe orientarse más hacia el exterior y que los ingresos de exportación, y no la asistencia, deben ser la principal fuente de divisas.

También se comprende con mayor claridad cada vez que el sector agrícola, que comprende la mayor parte de la población, puede desarrollarse

rápidamente y que es menester promover su desarrollo a fin de crear demanda para las industrias nacionales, suministrarles materias primas y dar aliento al esfuerzo general que se haga en el país por aumentar las exportaciones.

Incluso en los países más identificados con el principio de la nacionalización de las empresas se está prestando creciente atención a la movilización y asignación de los recursos mediante los incentivos y la iniciativa particulares.

El sector público queda en general encargado de los servicios públicos, transporte, recursos naturales e industrias básicas, pero dentro de las restricciones dictadas por sus objetivos sociales y políticos, los dirigentes

aceptan de mejor grado la idea de pasar por el mercado y recurrir al estímulo de la ganancia.

Por su parte, los países industrializados van comprendiendo que las condiciones del adelanto en los países en desarrollo son hoy inmensamente distintas de las de Europa y América del Norte durante la Revolución industrial. Pocos se preocupaban entonces de los barrios de tugurios urbanos, del trabajo de los niños, de las pésimas condiciones de trabajo y de los ínfimos salarios. ¿Quién no lo hace ahora?

La conciencia política ha creado exigencias de unos servicios sociales y una equitativa distribución del ingreso que no se conocieron en los países industrializados hasta que se llegó a un nivel mucho más alto de ingresos y productividad. La situación demográfica también es muy distinta e impone costos elevados. Habiéndose roto bruscamente el equilibrio entre mortalidad y natalidad, se ha acelerado notablemente el ritmo de crecimiento demográfico, al tiempo que la migración hacia nuevas tierras está seriamente restringida.

Por último, la tecnología que los países en desarrollo heredan y que hace posible la rápida expansión de la economía también aparece problemas por ejemplo, los de la formación de obreros, la reparación y conservación del material y un costo de capital por trabajador mucho mayor, que los países industriales pudieron resolver de manera gradual. Aleccionados en cierto grado por sus tentativas de eliminar los vestigios de pobreza en sus propias sociedades, los países industrializados empiezan a entender las complejidades sociales y políticas del desarrollo. Y lo que es todavía más importante, comprenden ahora que no hay una estrategia única o una receta universal para el desarrollo que sea válida en todos los países y en todos los tiempos; son muchas las combinaciones de políticas y prioridades posibles y de aplicación necesaria.

Sólo en parte se ha reflejado esta nueva comprensión en los programas de ayuda de los países donantes. La asistencia exterior ha sido esencial en muchos países para paliar las deficiencias de capacidad técnica, hacer factible el aumento en las tasas de ahorro e inversión, mejorar los servicios sociales y acelerar el ritmo del desarrollo.

Pero la asistencia también ha contribuido a lograr otros progresos de importancia fundamental. Cuando se la ha prestado de manera adecuada, ha dado a los países de bajo ingreso la necesaria flexibilidad para emprender cambios tan audaces de política como la devaluación y la liberalización de las restricciones a la importación. (Lógicamente, la circunstancia de que la ayuda no haya aumentado en los últimos años ha hecho más y más difícil movilizar al apoyo suficiente



Tener sólo los hijos que se desee

No hay fenómeno que amenace más las posibilidades del desarrollo internacional que el alarmante crecimiento demográfico, evidentemente una de las causas principales de la gran discrepancia entre las tasas de crecimiento económico de los países ricos y de los pobres. Por otra parte, no cabe esperar una rápida disminución de ese crecimiento, aunque haya países que estén en una situación más favorable que los demás para que se produzca.

Hace veinte años no se pensaba que el crecimiento demográfico llegara a ser un problema tan importante para los países de bajo ingreso. Aun mismo en 1951 se creía, según un cálculo de Naciones Unidas, que entre 1950 y 1980 las poblaciones de África y Asia aumentarían a una tasa anual del 0,7 por 100 al 1,3 por 100.

La notable y en su mayor parte inesperada reducción de la mortalidad tuvo por resultado un cambio categórico. La tasa de crecimiento demográfico en los países en vías de desarrollo subió en forma constante en el decenio 1950-1960, y alrededor de 1965 se estabilizó en una media del 2,5 por 100.

La mortalidad continúa en baja, pero recién ahora las tasas generales de fecundidad empiezan a reducirse. Aunque en algunos países en vías de desarrollo la natalidad ha venido disminuyendo desde hace algún tiempo, en otros continúa en aumento con el mejoramiento de los servicios médicos y sanitarios. Pero aun si la natalidad se redujera considerablemente en los próximos decenios, la población del mundo menos industrializado se duplicaría antes de terminar el siglo.

Ahora se comprenden mucho mejor

los graves problemas que plantea esta explosión demográfica. En sólo pocos años se han adoptado políticas audaces para divulgar la reducción planificada de la familia en países donde vive más del 70 por 100 de la población de ese mundo en vías de desarrollo. La aparición de artefactos intrauterinos y de píldoras para la prevención de la preñez ha constituido un gran adelanto en las técnicas de la limitación de nacimientos.

Así y todo, subsisten muchas ideas erróneas en cuanto al carácter del problema demográfico entre las autoridades de los países de bajos ingresos, que mantienen una actitud de complacencia e indiferencia al respecto. Ni siquiera los países que han adoptado oficialmente políticas de orden demográfico les atribuyen siempre la alta prioridad que éstas exigen.

La convicción más difundida es la de que en los países pequeños o poco poblados el rápido crecimiento demográfico es de interés para la nación, o no plantea problemas por disponerse de mucha tierra libre. Al pensar así la gente olvida que se necesitan grandes gastos de capital para cultivar y colonizar tierras vírgenes, ya que en el mundo moderno no basta solamente con poseer la tierra.

Según otra opinión corriente, los coeficientes de natalidad son altos, y las familias grandes, porque así lo quieren los padres, y sería difícil o imposible convencerlos de que deben contentarse con familias más pequeñas. Pero a decir verdad, muchos de los hijos que nacen hoy no se desean. En muchos estudios realizados entre los padres en los países en vías de desarrollo, se ha comprobado que los



Foto © Lucien Clergue, Arles

Una respuesta al dilema de la superpoblación

coeficientes de natalidad se reducirían en un tercio si aquéllos supieran la forma o dispusieran de los medios necesarios para reducir deliberadamente sus familias.

La incidencia de los abortos ilícitos y de las defunciones de las madres que recurren a esa práctica es lo suficientemente grande como para constituir un grave problema social en América Latina y otras regiones. Como consecuencia de la repentina baja de la mortalidad infantil, las familias tienden a rebasar sus proporciones tradicionales y a ser mayores de lo que los padres pueden permitirse. Es decir, en muchas regiones hay una demanda callada de limitación de nacimientos.

No todas las cargas que representan las familias grandes y las altas tasas de crecimiento demográfico afectan exclusivamente a los padres. Cuando la población se duplica en veinticinco años, también se complican los problemas de desarrollo y modernización, y puede ser imposible lograr un perceptible mejoramiento de las condiciones de vida con independencia de la ayuda exterior. Basta enumerar unos pocos de los problemas directos que plantea un crecimiento demográfico muy rápido :

- El gran aumento de los gastos de educación, sanidad pública, vivienda, suministro de agua, etc., con las dificultades presupuestarias correspondientes.

- El peligro en que se ve la calidad de la próxima generación en la que se basa toda perspectiva de desarrollo. Hay una fuerte correlación inversa entre la salud de los niños y el tamaño de la familia. Además, el rápido crecimiento de la población infantil retrasa

también toda mejora de la educación.

- La asignación de considerables recursos para sostener a un gran número de habitantes que dependen de los que trabajan, recursos que en otras circunstancias podrían utilizarse para elevar el nivel de vida y aumentar la formación de capital.

- Las necesidades de asistencia se hacen mayores al crecer rápidamente la población, y las posibilidades de una futura independencia financiera menores que si se produce una baja de la natalidad.

- La distribución del ingreso es desigual, y el crecimiento demográfico tiende a acentuar esa desigualdad al hacer aumentar el valor de la tierra y el precio de los arrendamientos al mismo tiempo que disminuyen los salarios. Como por lo común la propiedad también está muy desigualmente distribuida, puede ocurrir que la mayoría de la población se vea privada del goce de los adelantos que puedan lograrse.

- Surgen graves problemas urbanos debidos al crecimiento vegetativo y a la migración del campo a la ciudad. La población urbana tiende a duplicarse en un lapso de quince a dieciocho años. La cuestión de la vivienda plantea ya problemas casi insolubles en muchos países en vías de desarrollo.

Cada país debe decidir por sí mismo si adopta o no una política demográfica deliberada. La cuestión se presta grandemente, desde luego, a la polémica, y ello rodeó hasta hace muy poco a la limitación de los nacimientos de un muro de silencio, incluso en los países industrializados. Pero es evidente que no puede haber una planificación social y económica bien concebida si no se comprenden y comba-

ten las peligrosas consecuencias del crecimiento demográfico incontrolado.

Las condiciones demográficas de los países menos desarrollados son en extremo diversas. En ciertas partes de Asia la densidad de población es tal, que la escasez de tierra suscita graves preocupaciones. Por el contrario, en África y América Latina esa densidad es tan baja, que resulta absurdo hablar de superpoblación. Pero en todos los países en vías de desarrollo la población aumenta a un ritmo mucho más acelerado que el de hace apenas dos décadas.

Importa distinguir entre dos causas muy distintas del gran crecimiento de la población. Una de ellas es que muchos padres tienen más hijos de los que querrían, sobre todo después de la reciente baja de la mortalidad infantil. Pero otro motivo es que en los países en vías de desarrollo los padres desean tener muchos hijos.

En general, las políticas de «planificación de la familia» tienen por finalidad la de evitar la concepción involuntaria, basándose en la premisa de que los padres tienen derecho a decidir el número de hijos que tengan y el plazo entre un nacimiento y otro, así como en el hecho de que la natalidad no restringida y crecidísima plantea un problema social de gran trascendencia.

La malnutrición y el retraso mental, la gran mortalidad infantil y el analfabetismo se hacen mucho más probables cuando el nuevo hijo tiene que competir con sus hermanos mayores por la supervivencia, y esto en condiciones de pobreza extrema. Ni siquiera quienes se niegan aún a aceptar todas las técnicas de prevención de la preñez

Una cuestión fundamental para el progreso social

discuten la necesidad de que los padres sean completamente responsables por el hecho de traer un nuevo ser al mundo; nosotros creemos que el derecho de las gentes a conocer los medios precisos para «planificar la familia» y a poder disponer de esos medios es fundamental para el progreso social.

Pero el rápido crecimiento demográfico puede ser también perjudicial para la sociedad, aun cuando ciertos padres quieran tener una familia numerosa; esta es una situación que predomina en muchos países, tanto ricos como pobres. El conflicto entre intereses privados e intereses sociales en una cuestión de carácter tan íntimo como ésta tiene que plantear problemas muy delicados.

Ninguna sociedad que haya aprendido a controlar la mortalidad puede evitar mucho tiempo, sin embargo, la necesidad de controlar la natalidad, y por ello muchos países en vías de desarrollo se han convencido de que es menester recurrir a una política demográfica para reducirla. Los países en vías de desarrollo deben identificar sus problemas demográficos —si no lo han hecho aún— y reconocer la importancia del crecimiento de la población para su planificación social y económica, adoptando los programas pertinentes.

Los países donantes no pueden permanecer indiferentes ante la planificación de la población y las normas, acertadas o no, que sigan los países beneficiarios. Los primeros deben preocuparse particularmente por que se conozca la magnitud de la población actual de los últimos, si es que no se sabe, y por hacer que se preste especial atención a las tendencias de futuro, cosa que ocurre poco en algunos de los países más pobres. Los organismos bilaterales e internacionales deben insistir, al convenir en los términos de la ayuda, en que se haga el debido análisis de los problemas demográficos y de sus consecuencias para los programas de desarrollo.

Pero sería muy poco acertado por parte de los donantes insistir en que los beneficiarios adoptaran determinadas políticas demográficas como condición de la ayuda. Sólo una auténtica convicción por parte de los Gobiernos de los países en vías de desarrollo puede crear el gran apoyo político y la autoridad que, como ha demostrado la experiencia, son indispensables para los programas de «planificación de la familia» y para la política demográfica.

En muchos de los países ricos los Gobiernos no han llegado tan lejos como sus ciudadanos en las medidas de limitación de nacimientos. Para demostrar a los países a los que prestan ayuda que se percatan de los problemas demográficos, estos Gobiernos tendrán que predicar con el ejemplo.

Por consiguiente, los países industrializados que no lo hayan hecho aún tienen que orientar su legislación y su política social hacia los programas de «planificación de la familia» entre sus propios habitantes.

La seriedad del problema demográfico es, aun en los países desarrollados, lo bastante grande como para justificar una preocupación mucho mayor por los estudios y las investigaciones sobre población. Este es también un requisito previo de toda asistencia técnica bien concebida que se preste a los países en vías de desarrollo. Los estudios demográficos —excepción hecha de algunos de los mayores países industriales— sólo son objeto de atención pasajera o circunstancial en las universidades y los institutos de investigación.

Además, los países ricos no pueden pretender participar en un examen activo de la política demográfica de los países en vías de desarrollo a menos que presten firme apoyo a las organizaciones internacionales, destinadas a desempeñar en esta esfera un papel mucho más importante que el que han tenido hasta ahora. Pero la pasividad e indecisión de los organismos internacionales se deben en buena parte a las ambigüedades y confusión de los países industrializados que los integran.

Los países que hasta la fecha no han llegado a sentir la aguda necesidad de formular una política demográfica cometen un grave error al negar a los organismos internacionales el derecho o los medios de ayudar a países

que solicitan asistencia en este sentido.

Desde 1965 se percibe una tendencia muy pronunciada en el sentido de ampliar el campo de acción internacional. Al UNICEF y otros organismos especializados se les ha encargado que ayuden a formular y poner en práctica normas de limitación de nacimientos.

Para el estudio de las tendencias demográficas y de sus consecuencias, así como para la iniciación y ampliación de los programas de «planificación de la familia» en los países que hayan decidido emprenderlos se necesitan con urgencia expertos y servicios de formación, una de las misiones más importantes de las organizaciones internacionales.

Los recursos financieros precisos necesarios para esos programas de limitación de nacimientos no son muy grandes en comparación con otros gastos propios del desarrollo económico y social. Pero los presupuestos de los países en vías de desarrollo suelen ser tan limitados, y la escasez de divisas tan grave, que la realización de estos programas se ve retardada por obstáculos económicos que pueden allanarse mediante sumas relativamente modestas dentro del plan de ayuda.

En la actualidad, esta ayuda es bilateral y proviene especialmente de los Estados Unidos y Suecia, aparte de las organizaciones internacionales, que colaboran en pequeña escala. El uso de fondos fiduciarios administrados por organizaciones internacionales es de

Proyecciones demográficas para el año 2000 *

(En millones de habitantes)

	1968	2000	
		baja	alta
Regiones industrializadas	1 040	1 250	1 400
Europa	460	490	530
Unión Soviética	240	320	350
América del Norte	220	290	350
Otras	120	150	170
Regiones en desarrollo	2 430	4 720	5 560
China (continental)	730	1 000	1 400
Otros países de Asia	1 100	2 300	2 600
Africa	330	770	860
América Latina	270	650	700
Total mundial	3 500	6 000	7 000

* Las dos variantes de la proyección para el año 2000 se basan en hipótesis de «baja» y «alta» natalidad. En ambos casos se parte del supuesto de cierta declinación de la fecundidad, más rápida en la variante «baja» y más lenta en la «alta». Se piensa que la mortalidad seguirá disminuyendo, hasta que la perspectiva de longevidad al nacer sea de 74 años. Las variantes se han elegido sobre la base de la experiencia de la última década, de entre los cálculos hechos en «Las perspectivas de la población mundial, evaluadas en 1963» (Naciones Unidas, 1966.)

recomendar para aquellos países donantes que vacilen en crear un sistema especial de asistencia.

En 1967 las Naciones Unidas crearon un Fondo Fiduciario de Actividades Demográficas. Creemos firmemente que este Fondo recibiría un apoyo mucho más generoso que el que ha obtenido hasta ahora si los posibles donantes pudieran contar con la seguridad de que hay programas importantes que cumplir y de que las actividades de las Naciones Unidas en este terreno son objeto de una coordinación satisfactoria.

Hoy por hoy se observan lagunas y duplicaciones de trabajo en el manejo de los problemas demográficos por los organismos de las Naciones Unidas. La eficaz organización de los programas correspondientes se retrasa así innecesariamente.

Entre las propuestas para mejorar la coordinación entre los diferentes organismos figura el nombramiento de un Comisionado de las Naciones Unidas para cuestiones demográficas, alto funcionario cuya misión consistiría en establecer y mantener al día una noción general de las necesidades de los países en vías de desarrollo por lo que respecta a esa materia, dirigir la asignación de los recursos del Fondo Fiduciario y hacerse cargo del sistema de coordinación de las actividades demográficas de los organismos de Naciones Unidas.

Para aprovechar las grandes posibilidades de la ayuda internacional es menester adoptar medidas de largo alcance y cuya aplicación sea posible. Por consiguiente, apoyamos la propuesta de nombrar un Comisionado de las Naciones Unidas para Cuestiones Demográficas.

En las sociedades en que los servicios de comunicación y distribución comercial son todavía muy imperfectos, resulta enorme la empresa de poner al alcance de todos los conocimientos y medios necesarios para la «planificación de la familia». La experiencia indica que, de ser posible, siempre resultará conveniente integrar estas actividades en los programas de salud pública. En este aspecto, los servicios de salud materno-infantil y los programas para instruir a la mujer después del parto en la limitación de los próximos posibles nacimientos parecen especialmente valiosos, ya que el deseo de tener menos hijos está íntimamente vinculado a la convicción de que los ya existentes contarán con mejores probabilidades de sobrevivir.

En los países en vías de desarrollo muchos padres quieren tener grandes familias por motivos sanos y económicamente válidos, y no por ignorancia e irresponsabilidad. En esos casos, el tener o no información sobre la posibilidad de limitar los nacimientos no cambiará mucho las cosas.

SIGUE EN LA PAG 33



Foto © Image Roche - Dr. R. Lasserre

En todos los países en vías de desarrollo la población aumenta mucho más rápidamente que hace sólo dos décadas. Los habitantes de esos países han cobrado conciencia recientemente, y con gran agudeza, de los problemas que plantea esa «explosión de población», lo cual ha conducido a que en el curso de pocos años se empezaran a poner en práctica medidas de difusión del control de la natalidad en países que representan más del 70 % de la población de ese mundo en vías de desarrollo. Arriba, una clínica de «planificación de la familia» inaugurada recientemente en el Pakistán que, con su aumento anual del 3 % en la cifra de sus habitantes (contra el 0,6 % de Inglaterra y Francia) se ve abocado a una seria amenaza de exceso de población.

La espiral del desempleo

En muchos, sino en casi todos, los países en vías de desarrollo, el desempleo está convirtiéndose en un problema social fundamental y en un obstáculo para que aquél se cumpla. El fracaso más trágico del desarrollo está en su incapacidad para crear tareas o trabajos que signifiquen algo a los que los hacen. Todo parece indicar que en la década recién terminada han aumentado el desempleo y la sub-utilización de los recursos humanos, problema que seguirá agravándose con el rápido aumento de la población.

Aunque se disponga de muchas pruebas de la abrumadora magnitud del problema del desempleo, hay poca información concreta al respecto. La Organización Internacional del Trabajo está tratando de obtener recursos para preparar un amplio estudio del empleo en los países en vías de desarrollo, empresa digna del mayor apoyo.

Una de las grandes dificultades, particularmente en las sociedades de tipo tradicional, es la de que no se haga una distinción clara entre empleo y subempleo. Por subempleo se entiende una situación en que no se aprovecha totalmente la capacidad especial de trabajo de alguien, como ocurre cuando un personal muy calificado se ve obligado a aceptar trabajos inferiores para subsistir, o cuando la agricultura no empieza siquiera a absorber la fuerza de trabajo disponible.

Aunque no hay cálculos fidedignos del subempleo, es evidente que las estadísticas de desempleo en los países en desarrollo subestiman este problema, vinculado directamente al otro.

Tanto el desempleo como el subempleo son resultado de una incapacidad para absorber el gran incremento en la fuerza de trabajo que resulta de la gran aceleración del crecimiento demográfico. Las normas que se siga para aminorarlo pueden atenuar mucho este problema, pero sólo a largo plazo. Los que van a constituir la fuerza de trabajo en los próximos quince años han nacido ya.

Aunque no es imposible que las

posibilidades de empleo aumenten con rapidez, se requiere para lograrlo un alto grado de dinamismo y flexibilidad, una enérgica iniciativa de las empresas y el deseo firme de alentar el cambio. En los sectores no agrícolas de los países de ingresos bajos uno de los motivos de que las medidas más amplias de desarrollo no hayan logrado crear oportunidades adecuadas de empleo ha sido, indudablemente, el excesivo estímulo acordado, por una deformación oficial de los costos de los factores, a la adopción de técnicas que exigen muchas máquinas y poca mano de obra. Como ya se dispone de este tipo de técnicas en los países industrializados, los organismos que proporcionan ayuda y los contratistas extranjeros han tendido a transferirla a los demás países sin someterla a las necesarias modificaciones.

Aunque en muchos casos su adopción resulta inevitable o hasta conveniente para mantener la eficacia en la competición, las políticas actuales suelen hacer que los métodos de grandes inversiones en maquinarias se presenten con un atractivo exagerado.

Para aumentar la capacidad de absorción de mano de obra es preciso también que los salarios no se eleven hasta el punto de desalentar el uso de la fuerza de trabajo y estimular al mismo tiempo la utilización de métodos de producción en que la máquina sola predomina. Pero en muchos países en vías de desarrollo la desigualdad de la distribución del ingreso constituye un aliciente para aplicar normas de empleo determinadas por consideraciones políticas que encarecen mucho el costo de la mano de obra. Estas normas también pueden tener como consecuencia la de atraer mano de obra del sector rural a las ciudades, donde aun el trabajo temporario puede llegar a ser más remunerador que el trabajo agrícola a jornada completa.

La carga principal, en cuanto hace a absorber el aumento de la fuerza de trabajo, recae inevitablemente en la agricultura que, en la mayoría de los países en vías de desarrollo, da empleo

del 60 al 80 por 100 de la fuerza de trabajo. Sólo una pequeña fracción de los nuevos trabajadores encuentra empleo en los sectores no agrícolas, aun cuando estos sectores lleguen a expandirse con gran rapidez.

Una estrategia de desarrollo agrícola que tienda a aumentar pronto las oportunidades de empleo sin hacer bajar por ello los ingresos debe dedicarse a los métodos para mejorar la productividad en la agricultura en que se utilice la mano de obra y se ahorre capital. Se han expresado muchos juicios pesimistas en cuanto a la posibilidad de que haya grandes cambios en este sentido.

Pero un aspecto alentador del desarrollo agrícola en los últimos años es que los mayores aumentos de rendimiento derivados de las nuevas variedades de semillas y del regadío intensivo no han dependido de la sustitución en gran escala de la mano de obra por el capital.

Con todo, existe el peligro de que al aumentar la renta agrícola los agricultores acomodados prefieran invertir dinero en maquinaria en vez de dar empleo a un gran número de trabajadores, sobre todo si la política oficial alienta la mecanización prematura. Tiene una gran importancia el que en la formulación de la estrategia de desarrollo agrícola no se repitan los errores de la política industrial.

El carácter urgente que tiene el problema del desempleo requiere

SIGUE EN LA PAG 30

La migración de los campesinos a las ciudades, fenómeno universal de nuestra época, resulta particularmente inquietante en las regiones en vías de desarrollo, donde agrava los problemas de la desocupación (véanse las fotos de la derecha). En casi todas las partes del mundo la población urbana aumenta dos veces más rápidamente que la del conjunto de cada país. Si esta tendencia sigue, para el año 2.000 ciudades como Calcuta, por ejemplo, tendrán más de 35 millones de habitantes.



Foto © J. Kosidowski



Foto © Alan Keler

Desde el punto de vista social, las victorias más espectaculares registradas en los últimos veinte años lo han sido en la esfera de la salud pública. En la mayor parte de los países en vías de desarrollo, la longevidad ha hecho unos progresos que los países industrializados sólo habían llegado a lograr en 100 años. El paludismo, por ejemplo, ha dejado de ser el azote que tanto temieron las generaciones precedentes. La capacidad de trabajo ha mejorado gracias a ello considerablemente, pudiéndose cultivar muchos terrenos donde antes la enfermedad hacía grandes estragos. La foto muestra un momento de la campaña antipalúdica en el Senegal.

Foto © Afrique Photo, Paris



normas positivas. En muchos casos podría darse empleo a un mayor volumen de mano de obra no calificada para atender necesidades apremiantes; por ejemplo, en la vivienda, la construcción de escuelas, hospitales y clínicas, mercados rurales, caminos e instalaciones de riego. Aunque esto supone un enorme esfuerzo administrativo y el empleo de grandes sumas de dinero, crearía nuevos ingresos que generarían una mayor demanda.

Desgraciadamente, aun cuando la capacidad administrativa para emprender programas de elevada utilización de mano de obra existe, los países se sienten cohibidos para hacerlo por temor al efecto inflacionario y por la escasez de divisas. La ayuda exterior en condiciones adecuadas, y una

política fiscal sensata, pueden mitigar estos problemas.

Para que la inquietud social y política no detenga el proceso de desarrollo habrá que hacer progresos en la solución al problema del desempleo. El estancamiento agrícola y el desempleo industrial se conjugan, con sus más graves consecuencias, en las cambiantes y volubles ciudades del mundo en vías de desarrollo. En casi todos los países la tasa de desarrollo urbano duplica a la del desarrollo de la población, y en algunas de las grandes ciudades es todavía más alta.

El estancamiento rural estimula la emigración a las ciudades, donde los coeficientes de mortalidad suelen ser inferiores a los del campo, mientras que la natalidad mantiene su proporción elevada.

Cabe preguntarse si es posible permitir que las tendencias urbanas sean un subproducto de otras fuerzas sociales. *Si se mantienen las tendencias actuales, la mayor ciudad de la India tendrá más de 35 millones de habitantes en el año 2000.*

La estrategia de la planificación en los países en vías de desarrollo debe hacer hincapié en el fomento de centros regionales pequeños y medianos que ofrezcan mercados, servicios, instalaciones de almacenamiento e industrias poco mecanizadas que elaboren materiales de producción local. La construcción de estos nuevos centros proporcionaría un considerable volumen de empleo para la fuerza de trabajo no especialmente preparada para otras tareas. ■

LA REVOLUCION VERDE

Hasta hace muy poco la esperanza de un rápido progreso en muchos de los países más pobres parecía verse condenada por el lentísimo desarrollo del gran sector agrícola. La producción de este sector apenas si se mantenía a la altura del crecimiento demográfico; en muchas regiones era inferior a éste.

Los países menos desarrollados, que habían sido exportadores netos de 14 millones de toneladas anuales de cereales en la década de 1930-1940, pasaron a ser importadores netos de diez millones en la década pasada. Las importaciones aumentaron aún más en 1966 y 1967 con la falta, durante dos años seguidos, de las lluvias que acompañan a los monzones en el Asia meridional. Se preveía una hambruna inminente.

Tan lúgubres perspectivas no tenían en cuenta —ni podían tener— los adelantos logrados poco después en el estudio de nuevas semillas, los métodos de regadío, los servicios de extensión y la enseñanza agrícola. También hacían caso omiso del efecto que el incentivo de una mejora en los precios podría tener sobre las prácticas y la producción agrícolas. Pero al liberalizarse el control de la producción y hacerse más remunerativos los precios de los productos agrícolas, los agricultores se mostraron dispuestos a adoptar las nuevas técnicas con sorprendente rapidez.

La situación actual es radicalmente distinta de lo que la pintaron tantas previsiones pesimistas. Gran parte del mundo en vías de desarrollo experimenta hoy un cambio grandísimo en la producción de alimentos, cambio que se ha dado en llamar la Revolución Verde. En 1968-69 la producción de la India superó en once millones de toneladas el máximo de 89 millones de toneladas de 1964-65. En el Pakistán aumentó en un 50 por 100 la producción de trigo en dos años. La producción de arroz de Ceilán aumentó en un 34 por 100 de 1966 a 1968, y en Filipinas, dos magníficas cosechas sin precedentes parecen haber puesto fin a medio siglo de dependencia del extranjero en lo que respecta al sumi-

nistro de este alimento. Los progresos más sobresalientes se registraron sobre todo en Asia.

El caso de la India y el Pakistán explica bien tan extraordinarios aumentos. La agricultura de la India emplea el 70 por ciento de la población y representa el 46 por ciento del producto nacional. Pero entre 1960 y 1965, la agricultura era objeto tan sólo del 15 por ciento de los gastos públicos de desarrollo y no se consideraba como un sector con potencialidades de crecimiento. No se daba gran importancia al incentivo de mejores precios para los agricultores, al suministro de fertilizantes, semillas seleccionadas y maquinaria agrícola, o a los problemas del crédito rural.

Las sequías que aquejaron a vastas regiones en 1965 y 1966 obligaron a aumentar el nivel de la importación de alimentos a 10 millones de toneladas anuales. Esto puso de manifiesto la necesidad de proceder a una drástica revisión de la política que se seguía en materia de agricultura.

Por esta época, y casi simultáneamente, se empezó a disponer de nuevas variedades de trigo y arroz de gran rendimiento. Estas variedades «enanas» se habían ensayado en México y Filipinas bajo el patrocinio de las fundaciones Ford y Rockefeller. Con ellas se pueden usar tres o cuatro veces más fertilizantes que con las variedades tradicionales, lo cual, combinado con el regadío y con el empleo de pesticidas, permite duplicar y triplicar el rendimiento.

La India adoptó rápidamente estas semillas mejoradas, aumentó la inversión agrícola y sostuvo su apoyo a los agricultores con mejores precios. Todas estas medidas eran nuevos e importantes incentivos que llevaron a rendimientos mucho mayores. En el Pakistán la falta de avenamiento había elevado el nivel de las aguas subterráneas a partir de 1950, y en consecuencia la creciente salinidad del suelo redujo la superficie cultivable.

El problema de la salinidad se resolvió perforando profundos pozos artesianos de tubería para bajar el nivel del agua mediante un bombeo intensivo, lo cual permitió volver a utilizar y mejorar los suelos salinos. Los pozos produjeron también gran cantidad de agua para riego.

En un principio se había dado por supuesto que se necesitarían vastos programas públicos, pero los propios agricultores adoptaron espontáneamente esta innovación al ver que con el mayor suministro de agua subterránea podían obtenerse rendimientos muchísimo más grandes. El auge de los pozos cavados por particulares fue uno de los aspectos más notables de la modernización del agro en el Pakistán occidental.

Entre 1959 y 1960, los agricultores habían instalado ya cerca de 1.300 pozos artesianos. Entre 1963 y 1964, la cifra anual de pozos nuevos subió a 6.600, y en 1967-68 llegó alrededor de 9.500. Aunque desde un punto de vista técnico estos pozos no fueran en realidad muy eficaces, resultaban extraordinariamente rentables. Al regadío público y privado por pozos de este tipo se debe casi la mitad del aumento de la producción agrícola de 1959-60 a 1965-66.

Como en la India, el uso de nuevas variedades de semillas se cumplió rápidamente. La superficie cultivada con nuevas semillas de trigo pasó de 90.000 hectáreas en 1966-67 a 1.030.000 hectáreas al año siguiente.

En 1967 se plantaron 4.000 hectáreas con la nueva variedad de arroz IR-8, y ello produjo las semillas necesarias para plantar alrededor de 405.000 hectáreas en 1968. Los suministros de fertilizantes, en gran parte financiados por créditos del exterior, se ampliaron rápidamente y la producción de cereales aumentó de una manera impresionante.

La Revolución Verde se debió tanto a la nueva técnica como a una nueva norma de producción. Aunque todavía es demasiado pronto para prever aún el alcance y rapidez de sus consecuencias en otras partes del mundo,

El milagro de los nuevos fertilizantes

es indudable que las perspectivas de adelanto son muchísimo más halagüeñas que hasta hace pocos años.

Además, ha quedado demostrado que, contrariamente a lo que muchos esperaban, el campesino no está inخورablemente atado a la rutina y a la tradición y se preocupa mucho por la cuestión de costos y precios, hasta el punto de responder con entusiasmo ante la posibilidad razonable de obtener beneficios dignos de tenerse en cuenta. Las lecciones de esta experiencia para la política a seguirse con respecto al desarrollo rebasan el ámbito de la agricultura.

Por lo que hace a los fertilizantes, de capital importancia para la nueva tecnología agrícola, el progreso ha sido también asombroso. En el período de posguerra los costos de producción se redujeron considerablemente, y cabe esperar que disminuyan aún más. Las nuevas fábricas de fertilizantes nitrogenados cuestan casi menos de la mitad del capital que las «antiguas», o sea las instaladas antes de 1963. El consumo ha subido rápidamente.

En la India los suministros de fertilizantes aumentaron casi en un 80% en 1966-67 con respecto al año anterior, y en un 50% más en 1967-68. La producción nacional de fertilizantes se duplicó con creces entre 1965 y 1968; el costo de las importaciones de fertilizantes y materias primas para fabricarlos equivalen actualmente a más de una quinta parte de lo que la India gana con sus exportaciones.

En el Pakistán el uso de fertilizantes se duplica cada dos años desde 1960. Los aumentos en los demás países en vías de desarrollo han sido también extraordinarios. El consumo total de fertilizantes nitrogenados y fosfatados fue cinco veces mayor en 1967-68 que la media del quinquenio terminado en 1956-57, y el uso de los fertilizantes a base de potasa se multiplicó por seis.

Aunque no tan espectacular como el del trigo y el arroz, el aumento en la cosecha de otros productos no alimenticios ha sido también considerable. De 1953 a 1967 la producción de algodón en Africa y Asia aumentó en un 40% y sentó la base de un rápido desarrollo de la industria textil en ambos continentes.

La producción de café en Africa se triplicó casi, pasando de 393.000 toneladas a 1.145.000 toneladas en el mismo período (1953-67) de suerte que Africa representa ahora cerca del 30 por 100 de la producción mundial. El rápido aumento de las exportaciones de café de ese continente ha planteado problemas de comercialización, pero de todos modos indica la potencialidad de diversificación y aumento de la producción que caracteriza a la agricultura tropical.

La Revolución Verde puede ser, como es, un hito en la producción de cereales alimentarios, pero ello no quita que traiga consigo una serie de problemas nuevos.

Por una parte requiere un alto y constante nivel de gastos de investigación agrícola, ya que es probable que una variedad de semilla sólo dure pocos años y deba sustituirse por nuevas variedades al aparecer en ella nuevos tipos de enfermedades. Además, es preciso contar con servicios de extensión agrícola acelerada y hacer grandes inversiones en sistemas de regadío y en fertilizantes. El aumento de la producción supone también una mayor demanda de medios de comercialización y distribución superiores a los actuales, y también una mayor demanda de crédito agrícola.

Resultará también difícil mantener un sistema de incentivos para los agricultores que permita alcanzar el volumen de producción necesario, estimular la continua adopción de nuevas técnicas y apoyar la diversificación de cultivos.

También será menester aumentar los impuestos, pero hacer pagar impuestos a los agricultores sobre lo que ganan no es fácil en la mayoría de los países en vías de desarrollo por la sencilla razón de que casi todos ellos son muy pobres, de que el impuesto resultaría políticamente explosivo y de que lo que costara efectuar la recaudación podría ser superior a la suma recaudada.

Pero la nueva técnica está haciendo que aumenten notablemente ciertos in-

gresos rurales, y siendo así, parte de la mayor recaudación fiscal tendrá que proceder de esos ingresos. Los impuestos a la agricultura y la distribución general de los resultados de una más alta productividad agrícola entre consumidores urbanos, productores rurales y terratenientes plantearán problemas espinosos y de consecuencias políticas serias para el desarrollo en el futuro.

Las regiones que han permanecido al margen de la Revolución Verde, como la mayor parte de Africa y América Latina, tienen que hacer frente a una tarea más ardua para estimular el cambio tecnológico en el sector agrícola. Muchos de estos países siguen descuidando seriamente el desarrollo rural. Importa que todos ellos logren nuevos adelantos técnicos en cultivos distintos de los de los cereales, especialmente en productos exportables que permitan aumentar el suministro de alimentos de fuera y también su calidad.

En muchos países en vías de desarrollo sería indispensable efectuar la reforma agraria y la consolidación de parcelas fragmentadas de terreno, no sólo para acelerar el cambio técnico y estimular la producción a largo plazo, sino también para crear nuevas posibilidades de empleo en las zonas rurales.

La historia nos enseña que la reforma agraria rara vez se produce de una manera fácil y ordenada, y que además siempre lleva mucho tiempo. Pero casi todos los Gobiernos disponen ahora de medios para reducir a un mínimo las interrupciones y los conflictos a corto plazo que siempre trae consigo un cambio de estructura en la propiedad de la tierra. ■

EL "INFORME JACKSON"

Un estudio sobre las operaciones de desarrollo económico de Naciones Unidas

En un informe de nada menos que 6.000 páginas publicado recientemente bajo el título de «The Capacity of the U.N. Development System» se dan a conocer las conclusiones de un amplísimo estudio sobre la capacidad de funcionamiento del sistema creado por Naciones Unidas para fomentar el desarrollo económico en el mundo, como lo indica el título del libro. El informe, hecho a pedido del Consejo Directivo del Programa de N. U. para el Desarrollo, que designó al australiano Sir Robert Jackson para que dirigiera su realización, puede considerarse complementario del Informe Pearson («El Desarrollo: Empresa Común»). Este último trata los problemas de ayuda para el desarrollo considerados desde una amplia perspectiva internacional, mientras que el «Informe Jackson» considera la cuestión más concreta de la capacidad real y potencial del sistema de Naciones Unidas en el sentido de efectuar una contribución efectiva al adelanto económico y social del mundo. Las medidas que propone este estudio están concebidas como los primeros pasos en un proceso a largo plazo de consolidación, coordinación y racionalización de los órganos de Naciones Unidas y las organizaciones especializadas de éstas que colaboran en la obra de desarrollo en el mundo. El Consejo Directivo que ha encargado el estudio someterá sus recomendaciones al respecto al Consejo Económico y Social de Naciones Unidas al reunirse éste a mediados de año.

TENER SOLO LOS HIJOS QUE SE DESEE *(viene de la pág. 27)*

Cuando el trabajo de los menores representa una importante fuente de ingresos para la familia, y los padres ven en una prole numerosa la seguridad de su propio sostén en la vejez, habrá pocos incentivos para hacerlos cambiar de idea, por muy elevado que sea el costo de un rápido crecimiento de la población para la sociedad en general.

Por eso es que los problemas demográficos están también relacionados con una serie de normas y cambios institucionales que afectan las funciones sociales y económicas de la familia dentro de una sociedad tradicional. El crecimiento económico y la modernización hacen que, a la larga, las grandes familias constituyan una pesada carga en lugar de ser una fuente de ingresos y una garantía de seguridad y, por tanto, tienden a desalentar el libre curso de la fecundidad y reducir el ritmo del crecimiento demográfico; pero este es un proceso que lleva mucho tiempo, a menos que se lo acelere deliberadamente.

Se reconoce que la educación, principalmente la de las mujeres, es un factor muy importante, pero sólo si contribuye en realidad a que las personas evolucionen en su actitud y en sus aspiraciones, cosa que no siempre ocurre.

El desarrollo de los grandes medios de divulgación —prensa, radio, televisión— facilita la difusión de nuevas ideas, por ejemplo, la de que la familia ideal debería tener menos hijos, pero más sanos y mejor educados.

Los Bancos y Cajas de ahorro, así como los seguros de vida y los fondos de pensiones, constituyen otros medios eficaces de garantizar la subsistencia en la vejez.

Casi todos los países en vías de desarrollo cuentan ya con algún sistema de seguridad social, pero la mayoría de éstos están mal administrados y no disponen de los

recursos financieros necesarios. En consecuencia, la política social tiende más en general a ayudar con subsidios la cría de los hijos pequeños que a proporcionar cierta seguridad económica en la vejez, lo cual significa que probablemente se fomenta, en vez de desalentarla, la formación de familias grandes.

Aspectos tan vastos e importantes de la política social como éstos, estrechamente relacionados con el problema de las proporciones de la familia, deberían ser objeto de la mayor atención por parte de los países en vías de desarrollo, y su estudio recibir amplio apoyo de todos los donantes de ayuda.

En el mundo actual, de evolución tan acelerada en el orden económico y social, sería un error dar importancia secundaria en la estrategia del desarrollo a las políticas de previsión social que reducen a la familia al papel de única fuente de sostén para el hombre o la mujer mayores. Todos los organismos de ayuda, tanto bilateral como multilateral, deberían fomentar y apoyar, siempre que fuera posible, las medidas sociales encaminadas, directa o indirectamente, a la reducción de la natalidad.

Los países industrializados tienen también una gran oportunidad de contribuir al mejoramiento de las técnicas de prevención de la preñez. En este sentido, la situación reinante en los países menos desarrollados pone de relieve la necesidad apremiante y general de un sistema que sea verdaderamente aceptable y eficaz. El «diafragma» y los aparatos intrauterinos de más reciente data y más perfeccionados, así como la «pildora» representan grandes adelantos, pero distan mucho de ser perfectos.

Los trabajos realizados durante el

presente decenio para descubrir nuevos métodos de prevención de la preñez han dado un gran impulso a las investigaciones sobre biología de la reproducción y especialmente al estudio de los aspectos hormonales de la reproducción en la mujer, que son los que se ven afectados por las píldoras.

Pero muchos métodos interesantes en principio para controlar la fecundidad están basados en aspectos relativamente poco conocidos del proceso de reproducción. No faltan ideas e hipótesis: lo que falta son fondos, coordinación y un contacto sistemático entre los investigadores para saber lo que están haciendo los demás.

La ejecución de un programa internacional de estudios sobre la reproducción humana que contara con la cooperación de las instituciones y laboratorios existentes haciéndolos dedicarse al control de la fecundidad con prioridad absoluta sobre otros estudios podría representar un adelanto de años o décadas en este terreno.

La Organización Mundial de la Salud (OMS), que sería el centro lógico de toda esta actividad, se ha visto obligada desde hace mucho tiempo a considerar de manera limitada los problemas de la «planificación de la familia» y a desarrollar sus actividades en ese aspecto únicamente dentro del marco de los organismos nacionales de salud pública. Por lo demás, las investigaciones o estudios sobre la reproducción humana pueden insumir respetables cantidades de dinero. Por lo tanto, recomendamos que el Banco Mundial, en consulta con la Organización Mundial de la Salud, emprenda inmediatamente un amplio programa internacional para dirigir, coordinar y financiar todas las investigaciones que se hagan en la esfera de la reproducción humana y la limitación de nacimientos. ■

CALEIDOSCOPIO DEL TERCER MUNDO *(viene de la pág. 24)*

como para lograr cambios de política trascendentales en los países en que la escasez de divisas ha sido la restricción primordial para el desarrollo.)

En el Africa, pese a que las divisas en moneda extranjera no son todavía la principal restricción, el volumen de ayuda y la relación existente en este sentido entre país donante y país beneficiario desempeñan una importante función en la formulación de la política económica.

Aun en los casos en que se ha reconocido la importancia de los esfuerzos y las políticas de los países beneficiarios, el diálogo entre donantes y recipientes ha solidado ser insatisfactorio. A veces el análisis concertado

de un problema ha culminado en una acción eficaz por ambas partes, pero en muchos casos falta el esfuerzo verdadero por desarrollar la economía de un lado o de otro, o de ambas partes, o si no, se lo interpreta mal.

Estos problemas comprenden desde la renuncia de los países beneficiarios a hacer frente a los intereses creados hasta la negativa del donante a prestar asistencia a sectores potencialmente competitivos o a abrir sus mercados a productos nuevos. El país donante y el país receptor también difieren frecuentemente en sus opiniones sobre la trascendencia o las consecuencias políticas de una medida, o sobre la celeridad con que puede ponerse en práctica.

Por último, las prioridades políticas de ambas categorías de países suelen ser indefinidas y, ciertamente, variables. Los países receptores han recibido consejos contradictorios por parte de distintos donantes, o de una misma institución en épocas diferentes. Sus prioridades se ven sometidas a las presiones políticas normales, y el orden y aplicación de las mismas les son difíciles.

Así, aunque la atención se haya centrado con éxito en las políticas de desarrollo y en el apoyo que requieren, el mecanismo de aplicación de los resultados de un análisis hecho en común dista, con notables excepciones, de ser adecuado a los fines que se persigue. ■

LATITUDES Y LONGITUDES

Reedición de dos novelas publicadas por la Unesco

La casa editora Allen and Unwin de Inglaterra y la «Indiana University Press» de los Estados Unidos preparan sendas ediciones especiales de dos novelas indias recientemente publicadas en inglés por el Programa de Traducciones Literarias de la Unesco. *Pather Panchali*, de Bibhutibhushan Banerji, será el primero, entre los 130 volúmenes publicados en inglés en la Colección Unesco, que aparece en una edición especial, de las que se venden por suscripción (*Folio Society of Great Britain*). *Una vaca de regalo* (Godaan) por Premchand, será a su vez el primer libro de la colección que se publique en Braille (Biblioteca Nacional para Ciegos, Londres).

Alimentos para pagar a los trabajadores forestales

La ayuda alimentaria administrada por el Programa Mundial de Alimentación ha contribuido a la reforestación de 84.000 hectáreas en el mundo y al mantenimiento y creación de 4.300 kilómetros de caminos forestales. En 15 países en el mundo que realizan sendas obras de este tipo y emplean para ello casi 88.000 trabajadores, se ha recibido ese tipo de ayuda, elemento importante de la financiación de sus programas forestales. El Programa Mundial de Alimentación está auspiciado por Naciones Unidas y su Organización para la Alimentación y la Agricultura y son casi 450.000 personas, entre los trabajadores y sus familiares, los que aprovechan de esos alimentos, que representan parte de sus jornales y contribuyen a mejorar su nutrición.

Ciudades unidas en apoyo del Año Internacional de la Educación

La Organización de «Ciudades Unidas» además de promover contactos de amistad entre ciudades de todas las partes del mundo, ha iniciado programas de apoyo a los objetivos que se ha fijado el Año Internacional de la Educación para 1970. En abril próximo, al celebrar 30.000 ciudades el «Día de las Ciudades Unidas del Mundo» el tema principal a tratarse serán las mejoras por las que ha de lucharse en este año dedicado a la enseñanza.

Observación internacional del tiempo

Desde los cuatro puntos cardinales del mundo, marineros, aviadores y toda clase de observadores voluntarios han ayudado recientemente a los meteorólogos a reunir la más extensa colección de datos sobre las condiciones del tiempo compilada hasta la fecha. Dicha información se empleará en los estudios preliminares del Programa de Investigación Atmosférica Global, que realizarán conjuntamente la Organización Meteorológica Mundial y el Consejo Internacional de Uniones Científicas. Este experimento, proyectado para fines de año, se propone llegar a una comprensión más completa que la actual de la estructura y el comportamiento de la atmósfera.

La educación a la cabeza en España

Por primera vez destinará España a la educación el mayor capítulo del presupuesto del Estado. La cifra absoluta para gastos corrientes en el Ministerio de Educación y Ciencia pasará de 29.132 millones de pesetas en 1970, a 93.520 millones en 1981. El proyecto de ley general de educación y financiación de la reforma educativa parte de la idea de una formación básica común, obligatoria y totalmente gratuita para todos los españoles, dice «España semanal».

«Los objetivos de la reforma» agrega ésta, «implican una renovación sustancial del contenido de la educación y por consiguiente de los elementos que intervienen en ella: formación y selección del profesor, planes y programas de estudio, métodos de enseñanza, evaluación del rendimiento educativo, con la eliminación de pruebas de reválida, sustituyéndolas por una valoración sistemática y continua a lo largo de los estudios, además de la organización de cursos de recuperación».

Edificio universitario para inválidos

La Universidad alemana de Marburgo inauguró en noviembre pasado un edificio especial para estudiantes inválidos. La construcción, de cinco pisos de alto, cuenta con su enfermería propia y salas de baño, así como de masajes y ejercicios especiales. La instalación de ascensores ha sido especialmente concebida para las funciones especiales de éstos.

El Profesor Gerhard Exner, Presidente de la Asociación de Reeducción de Inválidos creada en Marburgo, ha formulado el voto de que este primer ejemplo de una construcción especial para estudiantes incapacitados sirva de estímulo a la instalación de otras, tanto en Alemania como en el extranjero.

Exposición internacional de Espeleología en Barcelona

En el curso de este mes se realizará en Barcelona la Segunda Exposición Internacional de Espeleología organizada por la sección correspondiente de la Unión Excursionista de Cataluña. Más de 25 países especialmente dedicados a esta rama de la ciencia contribuirán con diversas muestras a dar una amplia idea de las tareas efectuadas últimamente en todo en el mundo por lo que respecta al estudio del mundo subterráneo.

El certamen será celebrado en el Palacio de la Virreina de Barcelona, cedido al efecto por el ayuntamiento de la ciudad.

Problemas de la biología moderna

El Instituto de Microbiología de Praga está organizando un curso internacional de preparación en problemas modernos de la biología, auspiciado por la Unesco y la Organización Mundial de la Salud. Este curso se realizará en la sede del Instituto

del 10 de octubre de 1970 al 15 de setiembre de 1971 y combinará los trabajos prácticos con la investigación. Podrán asistir a él todos los que tengan un diploma de enseñanza superior en ciencias. Las solicitudes pueden enviarse al Sr. Director del Instituto de Microbiología, Budejovicka 1083, Praga 4-Krc, Checoslovaquia, antes del 30 de mayo de 1970.

Aguda escasez de médicos en el Oriente Medio

A pesar de que en el Oriente Medio el número de facultades de medicina ha aumentado de 12 a 38 en los últimos veinte años, la región padece una aguda falta de médicos, según informes de la OMS. La relación entre el número de médicos y la población varía en la mayor parte de la región entre un médico por cada 400 habitantes y uno por cada 10.000. Anualmente se reciben cerca de 3.200 doctores, pero se necesitarían otras 60 escuelas o facultades de medicina para poder hacer frente a las necesidades actuales de la población y otras 160 más en los próximos 30 años para hacer frente a la explosión demográfica. Otro serio problema lo constituye el de los médicos que hacen sus estudios en el extranjero y no regresan luego a sus respectivos países.

35.000 alumnos de formación profesional

Este año asisten a los cursos de las ciento veinte escuelas sindicales de formación profesional existentes en España más de 35.000 alumnos. Hace justamente treinta años comenzaba esta obra con seis escuelas. Las 120 a que nos referimos se dedican a la preparación industrial y de servicios generales, pero aparte de ellas hay diez granjas-escuelas para la capacitación de campesinos en los últimos adelantos agropecuarios, y otras de bellas artes, danza y formación cultural.

La Obra de Artesanía, por su parte, tiene montada una Escuela Mayor donde se forman los artesanos textiles, perpetuando y renovando una de las mejores tradiciones españolas.

En comprimidos...

■ Anualmente se desperdicia en el mundo el 50% de la producción potencial de alimentos, según informaciones de la FAO. Con sólo un 10% menos de pérdidas habría en el mundo suficientes alimentos y proteínas como para poder proporcionar a todos los habitantes del globo una nutrición apropiada.

■ La circulación de los periódicos en la India se ha redoblado casi en los últimos 10 años. El 40 por ciento de los 600 diarios que se publican allí se imprimen en Nueva Delhi y otras seis grandes ciudades.

■ En Abidján, capital de la Costa de Marfil, se va a establecer un Instituto de estudios sobre Enseñanza con ayuda del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y también de la Unesco.

■ De acuerdo con la Oficina de Investigación Marítima del Japón, el volumen anual de la pesca mundial sólo representa el 5% de los 1.800 millones de toneladas de peces y mariscos que podrían extraerse de los océanos.

Acaba de publicarse

El Informe de Lester B. Pearson

EL DESARROLLO : EMPRESA COMUN

Informe de la Comisión de Desarrollo Internacional

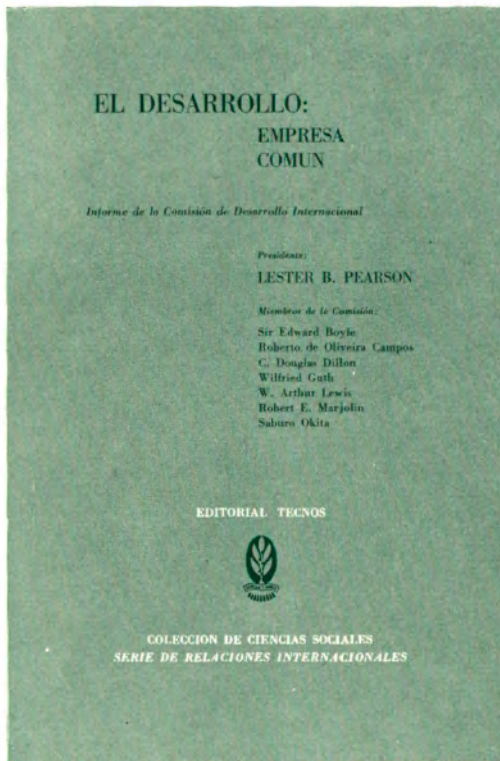
"Estoy convencido de que este trabajo se convertirá en uno de los documentos mas importantes del siglo veinte."

(Harold Wilson, Primer Ministro del Reino Unido)

- El informe analiza y evalúa franca y minuciosamente los resultados de 20 años de ayuda para el desarrollo;
- Examina los problemas, la política y el potencial de desarrollo para las próximas décadas;
- Esboza las nuevas bases de la cooperación internacional, indicando las responsabilidades tanto de los países donantes como de los países beneficiarios, y propone una nueva estrategia global de desarrollo para la década que se inicia y las que la sigan.

Este libro, que constituye el análisis más completo publicado hasta la fecha sobre la ayuda para el desarrollo, se redactó con la colaboración de siete figuras internacionales prominentes y la información prestada por más de 70 gobiernos.

Editorial Tecnos, Madrid, Colección de Ciencias Sociales



365 páginas

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. (Fl. S, 25). — **ARGENTINA.** Editorial Sudamericana, S.A., Humberto I No. 545, Buenos Aires. — **ALEMANIA.** Todas las publicaciones: R. Oldenburg Verlag, Rosenheimerstr. 145,8 Munich 80. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 12). — **BOLIVIA.** Comisión Nacional Boliviana de la Unesco, Ministerio de Educación y Cultura, Casilla de Correo, 4107, La Paz. Sub-agente: Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — **BRASIL.** Livraria de la Fundação Getulio Vargas. Caixa postal 4081-ZC-05, Rio de Janeiro, Guanabara. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Apartado aéreo 4956 Bogotá; Ediciones Terce

Mndou, Apto. aéreo 4817, Bogotá; Distribuidores Ltda., Pío Alfonso García, Carrera 4a 36-119, Cartagena; J. Germán Rodríguez N., Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Librería Universitaria, Universidad Pedagógica de Colombia, Tunja. — **COSTA RICA.** Todas las publicaciones: Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200, San José. Para «El Correo»: Carlos Valerín Sáenz & Co. Ltda., «El Palacio de las Revistas», Apto. 1924, San José. — **CUBA.** Instituto del Libro, Departamento Económico, Ermita y San Pedro, Cerro, La Habana. — **CHILE.** Todas las publicaciones: Editorial Universitaria S.A., Casilla 10 220, Santiago. «El Correo» únicamente: Comisión Nacional de la Unesco, Mac Iver 764, Depto. 63, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a Calle Oriente N° 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Todas las publicaciones: Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli 4, Madrid 14. «El Correo» únicamente: Ediciones Ibero-americanas, S.A., Calle de Ñoate, 15, Madrid. Ediciones Liber, Apto. 17, Ondárroa (Vizcaya). (180 ptas) — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unesco Publications Center. P. O. Box 433, Nueva York N.Y 10016 (US\$ 5.00). — **FILIPINAS** The Modern Book Co., 928 Rizal Avenue, P.O. Box 63,2 Manila. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco,

Place de Fontenoy, París, 7°. C.C.P. París 12.598-48 (12 F). — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a Calle 9.27 Zona 1, Guatemala. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd, P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie «Aux belles Images», 281, avenue Mohammed-V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45). — **MÉXICO.** Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. (\$ 30). — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — **NICARAGUA.** Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — **PARAGUAY.** Melchor García, Eligio Ayala, 1650, Asunción. — **PERU.** Distribuidora Inca S. A. Emilio Althaus 470, Lince, Apartado 3115, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Lda., Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — **PUERTO RICO.** Spanish-English Publications, Calle Eleanor Roosevelt 115, Apartado 1912, Hato Rey. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569 Londres, S.E.1. (20/-) — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A./ Librería Losada, Maldonado 1092, Colonia 1340, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería Historia, Monjas a Padre Sierra, Edificio Oeste 2, N° 6 (Frente al Capitolio); Apartado de correos 7320, Caracas.



1970
AÑO INTERNACIONAL
DE LA EDUCACION

Mensaje
del Sr. René Maheu
Director General de la Unesco

En este comienzo del año me dirijo a todos los países del mundo para recordarles que, a propuesta de la Unesco, la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó AÑO INTERNACIONAL DE LA EDUCACION a 1970, y para pedirles que hagan desde ahora todo lo necesario para que este año se destaque por los progresos importantes, tanto cualitativos como cuantitativos, que se logren en la esfera de la educación.

En gran número de países se la está sometiendo a un nuevo examen, tanto en sus formas como en su contenido. En vez de dejarse engañar por la ilusión de que las polémicas y las pasiones acabarán extinguiéndose por sí solas, es preferible esforzarse valerosamente por comprender y afrontar una crisis en la cual se debe ver, por otra parte, más que las amenazas de una imposible destrucción, las promesas de un renacimiento necesario.

En un mundo en plena mutación, en el que la explosión demográfica, el final del proceso de colonización y las profundas transformaciones económicas y sociales resultantes de la evolución tecnológica constituyen otras tantas fuerzas que impulsan a democratizar la enseñanza; en un mundo en que la aceleración del progreso científico entraña una pérdida cada vez más rápida de la vigencia del saber, y en que el desarrollo de las técnicas de información para las masas y de los medios auxiliares audiovisuales trastornan las condiciones tradicionales de la comunicación, la educación no puede limitarse, como en otros tiempos, a formar a los profesionales de la sociedad de mañana en función de un molde predefinido de estructuras, necesidades e ideas, ni a preparar de una vez por todas a los jóvenes para un determinado tipo de existencia. La educación ha dejado de ser privilegio de una minoría selecta y de verse limitada a una edad fija; ahora tiende a extenderse a la vez a toda la comunidad y a la duración de la existencia del individuo. En cuanto tal, debe manifestarse como actividad permanente y omnipresente. No cabe ya concebirla como la preparación para la vida, sino como una dimensión de ésta, caracterizada por una adquisición continua de conocimientos y una incesante revisión de nuestros conceptos.

Pero, ¿cómo podría alcanzar la educación tal amplitud si el conjunto de su organización interna sigue estando fragmentado y aislado de la sociedad y de la vida? No sólo no existe integración entre los diversos elementos que intervienen en el proceso educativo, sino que la educación, como tal, sigue viéndose todavía cortada frecuentemente del resto de las actividades humanas. Lejos de vivir en simbiosis con la colectividad, la escuela y la universidad constituyen con demasiada frecuencia universos cerrados.

El que un especialista en electrónica no cuente con medios institucionalizados para que sus colegas, amigos, o vecinos que deseen modernizar sus conocimientos aprovechen lo que sabe; el que un establecimiento escolar sólo se utilice 200 días por año y no más de ocho horas diarias; el que estudiantes o alumnos que han cursado estudios durante años no puedan ver cotizado en el mercado del trabajo lo que han aprendido por-

que han fracasado en un examen o en un concurso, son un desperdicio —de recursos materiales y de posibilidades humanas— que no deben aceptarse ya en ninguna parte. En ninguna parte, y menos todavía que en cualquier otro lugar, en los países en vías de desarrollo.

Y ya que he empezado a hablar de estos países, ¿cómo podría pasar en silencio el más escandaloso de todos los desperdicios de posibilidades humanas: el analfabetismo, que hoy todavía mantiene a más de la tercera parte de la humanidad en una situación de impotencia frente a los umbrales de la civilización moderna? ¿Cuándo se decidirá eliminar esa plaga de la faz de la tierra?

El Año Internacional de la Educación es una ocasión para que la comunidad mundial se vea invitada a reflexionar sobre esos problemas, con miras a darles soluciones innovadoras y osadas. La Unesco invita a los gobiernos, las instituciones y los particulares a orientar el esfuerzo de reflexión y de promoción que se impone en el sentido de la educación universal y permanente antes mencionado.

A nadie se le ocultan las inmensas dificultades que encierra la reconversión de estructuras y de aptitudes exigida por ese concepto de educación permanente desde el momento en que se pretende no dejarlo perder en la inanidad de las consignas. En efecto, se trata nada menos que de englobar la enseñanza escolar y universitaria en una síntesis en la que ésta se vincule orgánicamente con la educación extraescolar y con la educación de adultos, consideradas todavía hoy con excesiva frecuencia como marginales cuando es evidente que, en una perspectiva catalizadora, están destinadas a constituir un eje esencial de la formación continua y pluri-forme de los espíritus. Y, evidentemente, nadie piensa que esto pueda lograrse solamente en un año en parte alguna. Pero ha llegado el momento de que emprendamos resueltamente, todos juntos, esa vía que es el camino de la humanidad moderna.

Las grandes crisis de la educación han coincidido siempre con mutaciones profundas de la sociedad y de la civilización. Creo que abordamos uno de esos momentos de la historia. En todas partes se hace sentir la

necesidad de nuevos modelos humanos para la sociedad y para la persona, y se tiene conciencia de que, si la educación no puede por sí sola realizar una labor tan compleja, aquéllos no podrían tampoco realizarse sin ella, porque, en definitiva, ningún progreso adquiere realidad y sentido para el hombre sino por lo que surge de él y lo que de él se refleja en la educación.

Así pues, al invocar el derecho de todo ser humano a la educación como un derecho al progreso y a la renovación, declaro inaugurado el AÑO INTERNACIONAL DE LA EDUCACION y, para el éxito del mismo, hago un llamamiento a la generosa emulación de los pueblos y a la bienhechora cooperación de los Estados.

U Nu —



EL DESARROLLO : EMPRESA COMUN

Las diferencias cada vez más grandes que separan a los países industrializados de los países en vías de desarrollo se han convertido en uno de los problemas más importantes de nuestra época. "El Desarrollo: Empresa común", informe de la Comisión Pearson, nos presenta una nueva concepción del problema de la ayuda y del desarrollo en términos de una cooperación global en la que tanto los países ricos como los pobres, los industrializados y los que no lo están todavía, aúnan sus esfuerzos en una empresa total. La foto muestra una obra que se está efectuando en el Sudán gracias a la Asociación Internacional de Desarrollo, organismo que ha proporcionado con este fin, entre préstamos y créditos, un total de 32.5 millones de dólares.

Foto Naciones Unidas